C-046-115-(45)

BOLETÍN
DEL
CENTRO ARTÍSTICO
DE GRANADA.

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE ARTE, LETRAS
Y CURIOSIDADES GRANADINAS.

NÚMERO EXTRAORDINARIO PUBLICADO CON MOTIVO
DEL III CENTENARIO DE LA MUERTE DE

FRAY LUIS DE GRANADA.

Lunes 31 de Diciembre de 1888.

SUMARIO.

Breve noticia de la vida del V. M. Fray Luis de Granada, por *L. Eguilaz*, catedrático de la Universidad y Presidente del CENTRO ARTÍSTICO.—Fuentes de estudio, por *E. Señán*, catedrático de la Universidad.—El V. M. Fray Luis de Granada, considerado como místico, por *M. Fz. del Rincón*, canónigo Lectoral de la Catedral.—Al Santo Frai Lvis de Granada, poesía por *D. Iuan de Iauregui y Aguilar*.—Fray Luis de Granada considerado como escritor, por *J. Taronji*, canónigo del Sacro Monte.—El Maestro Fr. Luis de Granada, modelo clásico del habla castellana, por *A. G. Garbín*, catedrático de la Universidad.—Una Súplica, por *J. de Ramos*, Abad del Sacro Monte.—Un párrafo de un discurso, por *F. S. Brieva*, catedrático de la Universidad.—El V. P. Fray Luis de Granada, considerado como filósofo, por *J. M.ª de los Reyes*, catedrático del Instituto.—Fr. Luis de Granada, orador perfecto, por *F. J. Simonet*, catedrático de la Universidad.—Sobre la versión castellana del «Contemptus mundi,» por Fr. Luis de Granada, por *M. Cueto*, pro., catedrático de la Universidad.—Bibliografía.—Notas diversas.—Anuncios.

AÑO III.—TOMO III.

Este número extraordinario corresponde á los números 55 y 56, del 1.º y 16 de Enero de 1889, respectivamente.

GRANADA.

Imprenta de LA LEALTAD, á cargo de J. García Garrido.

122437071

BOLETÍN
DEL
CENTRO ARTÍSTICO
DE GRANADA.

Publicación quincenal de Arte, Letras y curiosidades granadinas.

Lunes 31 de Diciembre de 1888.

Número extraordinario publicado con motivo del III centenario de la muerte de Fray Luis de Granada, *y correspondiente á los números 55 y 56, del 1.º y del 16 de Enero de 1889.*

Breve noticia de la vida del V. M. Fray Luis de Granada (1)

Vino al mundo este príncipe de nuestros escritores ascéticos en Granada el año de gracia de 1504. Al decir del diligente historiador Bermudez de Pedraza, «los viejos de esta ciudad señalan la casa donde nació este Ciceron cristiano, en un corral de vencidad que tiene dos puertas, una á la calle de los Molinos y otra á la de Santiago.» De ser así y correspondiendo el lugar designado al conocido hoy por *Corral del Paso*, enclavado dentro del perímetro de la parroquia de Santa Escolástica, desde el punto de su erección, en ella debió de ser bautizado y no en la de S. Cecilio, como con equivocación manifiesta afirma más adelante el citado escritor en otro párrafo de su obra (2).

Su padre, de apellido Sárria, oriundo del pueblo del mismo nombre en Galicia, se estableció en esta ciudad con otros de su tierra, después de su conquista por los Reyes Católicos, con la esperanza, sin duda, de hacer fortuna. Si fueron tales sus propósitos, mal debieron salirle las cuentas, pues á su muerte no dejó á su viuda é hijo otra hacienda que la de la caridad. De esta orfandad y desamparo nos certifica el mismo Fray Luis, cuando, allá por los últimos años de su vida, excusando el argayo que le encarecía su compañero de celda, para defenderse del frio, rigorosísimo en aquel invierno en Lisboa, le dijo: «Padre, no trate más de eso; yo me crié desnudo y mi madre, con una mantellina más vieja que nuestra capa, me cubría, y ella pobre y yo desarrapado íbamos á la portería de Santo Domingo de Granada con nuestra ollica y en ella traíamos un poco de caldo y unos mendruguillos con que nos sustentábamos (1)». Esta situación de necesidad extrema vino á templarse en algo cuando, dolidos los padres dominicos de aquellas criaturas harapientas, dieron empleo á la madre en el lavado de la ropa y en el amasijo del pan del convento, como lo atestigua su propio hijo en aquella carta que cerca de sus postrimerías escribió desde Lisboa al prior de Santo Domingo, remitiéndole

(1) Para estos ligeros apuntes he consultado la hermosa biografía del Licenciado Don Luis Muñoz. Madrid, 1639.

(2) V. *Hist. Eclesiástica de Granada, 4.ª pte., fol. 225, 2.ª col.*

(1) «Los religiosos del, dice Pedraza (lugar citado), por tradición de sus mayores, cuentan graciosos cuentos de la pobreza de la madre y de la humildad del hijo.»

una cantidad, producto de sus obras, en la cual le encargaba «que en los libros de recibo mandase hacer asiento de que Fray Luis de Granada, hijo de la lavandera y amasadera del Convento, por ser hijo del hábito del mismo, enviaba aquella limosna.»

Este oficio de amasadora ejerciólo más adelante en la Alhambra la madre de Fray Luis, hecho de que así mismo nos da testimonio cuando visitado en Lisboa en 1582 por D. Pedro de Granada, echando de ver que lo trataba como á deudo, le dijo: «Pobre de mí, señor, que soy hijo de una panadera de la Alhambra.» Háceme sospechar esto que por aquel tiempo debieron tener en ella madre é hijo su morada, y juntamente con esto la circunstancia de que en aquellos sitios reales acaeció el lance que refiere Sousa en la vida de Fray Luis. Y fué que metido en pendencia con otro chico de sus años, de las palabras pasaron á las obras. Hallábase á la sazón el Conde de Tendilla asomado á una de las ventanas de su casa y como viera enzarzados á aquellos rapazuelos, ordenó que luego al punto los desparcieran. Separados que fueron, acercósele Fray Luis diciéndole tales y tan templadas razones y con tal viveza y donaire que, cautivado de su discreción y certificado de su pobreza, mandó á un criado le tomase á su servicio, le criase y le diese estado. En el de paje de sus hijos le vemos por aquellos dias, pues, según refirió al susodicho caballero D. Pedro de Granada, con ellos comunicaba, con ellos bajaba cada dia á la ciudad casa de un Dómine, siendo portador de los libros en que, al par que ellos estudiaba.

Hallándose en este servicio, y siendo de diez años poco más ó menos, se acomodó de acólito en la Capilla Real (1), según refiere el Doctor Luis de Babia y los mismos ministros de ella, al decir del Licenciado Muñoz.

(1) Estaba por aquel tiempo en la Iglesia del Convento de San Francisco de la Alhambra.

A esta época pienso hay que referir aquellas gentiles muestras de su memoria peregrina cuando, oido que había un sermón, lo repetía de coro á su auditorio infantil con tanto brío y despejo como donosura y gracia.

Con tan felices disposiciones, realzadas por su profunda humildad, no es maravilla se sintiera como llevado por la mano á abrazar el estado religioso. En el año 1524, cuando aún no contaba los veinte, obtuvo el hábito de novicio en el Convento de Santa Cruz la Real, y el de profeso en 15 de Junio del siguiente, habiendo trocado su apellido por el nombre de su ciudad natal. Aún era viva su madre, aunque, por no estar más medrada de hacienda que en su niñez, tuvo que acudir á su mantenimiento, previa licencia del prior, con la mitad de la ración que recibía de la comunidad. Tan encedido amor la tenía y con tal veneración la miraba, que, hallándose predicando una vez á grandísimo auditorio, como observase que la pobre anciana trataba de abrirse paso por entre la apiñada muchedumbre, cortando el hilo al discurso, dijo á grandes voces: «Dejen entrar á mi madre.»

Terminado el estudio de artes, en el que aventajó á todos sus condiscípulos, le adjudicó el Capítulo la prebenda, vacante á la sazón, que correspondía al convento en el Colegio Mayor de San Gregorio de Valladolid, donde entró á cursar teología en 11 de Junio de 1529. En él permaneció hasta el propio mes de 1534, en que regresó á Granada, dejando memoria en aquella santa casa de su sabiduría y virtud y de su vida áspera y penitente. A los tesoros de erudición clásica allegados durante el estudio de Artes añadió otros no menos copiosos y regalados en Escritura, Teología y Patrología y en muy diversos ramos del saber humano. Hasta dió gallardos empleos á su numen poético, que no había de faltar por ventura en genio tan prodigioso, en aquellos hermosos versos, dedicados á Diego de Astudillo, con motivo de su tratado *De Generatione,* que comienzan:

Qualis purpureo surgens oriente rubescit
Alma dies flammis sidera cuncta fugit.

De vuelta á Granada fué nombrado Lector de Artes y Teología, enseñanzas que dió en otros muchos conventos, como se lee en uno de sus biógrafos, mereciendo por ello que se le confiriese el grado del Magisterio teológico, y el de Maestro general de la órden, título que le fué confirmado en 1564, por el capítulo general de Bolonia. Al cabo de diez años de residencia en Granada, fué comisionado por el general de la órden para reparar el convento de Scala Cœli, fundado en los yermos de Córdoba por San Álvaro, confesor del rey D. Juan II, mandado reedificar por el Papa Clemente VII, en un breve que lleva la fecha de 1534. En el silencio de aquellas soledades, cuyos apacibles encantos tanto convidan al recogimiento, escribió Fray Luis su admirable *Libro de la Oración y Meditación*. Por este tiempo tuvo la dicha de comunicar en Montilla, casa de los Condes de Feria, con el Venerable Juan de Ávila, gran maestro en la predicación, de cuyos labios oyó esta notable sentencia, que jamás se le cayó de la memoria: «Sermón, dijo (contestando al Conde, que deseaba saber su parecer sobre el que acababa de oir á Fray Luis) en que no se predique á Cristo Crucificado y á San Pablo y trayendo su doctrina, no me satisface.»

Este, con otros muchos avisos y documentos que oyó al gran orador durante su estancia en Montilla, fueron parte para que, declarándose su discípulo, le dijera: «Más debo á vuestra merced y á sus consejos, que á muchos años de estudios, y así lo confieso por mi verdadero maestro».

De prior del convento de Scala-Cœli, pasó Fray Luis con licencia del provincial, á ser predicador del Duque de Medina-Sidonia, en cuya población y en la de Sanlúcar tuvo su residencia hasta que por órden de sus superiores pasó á fundar el convento de Badajoz. En él compuso aquel libro tan soberanamente hermoso y el que más en estima tenía entre sus otros trabajos, intitulado la *Guía de Pecadores*, en cuyo elogio dice felicísimamente Muñoz, ser «escritura tan admirable que se puede tener por cierto que la escribía el Padre Maestro Fray Luis y el Espíritu Santo la dictaba».

Llegó en esto á oidos del Cardenal infante D. Enrique, Arzobispo de Évora, la fama de su nombre, y procurando por el bien espiritual de sus diocesanos, pidió á los prelados de la órden diesen licencia á Fray Luis para trasladarse á Portugal. Obtenida que fué, aposentóle en la casa de religiosos descalzos de la orden de San Francisco, llamada de Valverde, distante una legua de Evora, en cuyo convento, prévio permiso del General de los dominicos, fué más tarde prohijado, dejando desde aquella hora de pertenecer á la provincia de Andalucía. En 1557 fué elegido provincial de la de Portugal en el Convento de Batalla. Durante su prelacía floreció la religión, se reformaron las costumbres y prosperó su orden en el reino con nuevas fundaciones.

Siendo confesor de la Reina D.ª Catalina, viuda de Juan III y hermana del Emperador Cárlos V, se le brindó con el Arzobispado de Braga, honra que declinó el ilustre dominico como lo había hecho antes con el Obispado de Viseo y más tarde con el capelo cardenalicio.

Cuando en Octubre de 1572 cesó Fray Luis en el cargo de provincial, recogióse al convento de Santo Domingo de Lisboa, á cuya ciudad siguió al Infante D. Enrique que no se hallaba sin su persona y consejo. Consagrado dia y noche á escribir, á la oración y al estudio pasó Fray Luis el resto de su santa vida, si entero de espíritu lacerado por crueles dolencias. Estudiando una noche un sermón viose afligido por la repentina pérdida de un ojo, quedándole tan mermada la vista del otro que pensó haberse quedado ciego. Considerándose ya inútil para escribir y como carga pesada para la comunidad, aplicóse á tocar la tecla, para acompañar el oficio divino, lo que lo-

gró sin esfuerzo, por ayudarle lo mucho que sabía del canto de órgano. Finalmente, amargadas sus postrimerías por nuevos padecimientos, y gravísimo disgusto, despues de recibir los Santos Sacramentos, de dirigir la palabra á los novicios, exhortándoles al amor á Dios y á la práctica de la virtud, y de oir la Pasión de Ntro. Señor Jesucristo, según San Juan, que pidió se le leyese, teniendo en la mano la vela de los agonizantes, entregó el alma á su Creador á las nueve de la noche del 31 de Diciembre de 1588.

Fué enterrado en el antecoro de la iglesia de su convento y sobre su sepultura colocaron una lápida con una inscripción latina, cuya versión al romance, hecha por el Licenciado Luis Muñoz, dice así:

«Fray Luis de Granada, de la Órden de los Predicadores, por cuya »doctrina se veen mayores milagros »(Assi lo dixo el Oraculo de Gregorio »XIII Pontifice Máximo) que si hubiera alcanzado de Dios vista á ciegos, vida á muertos. Mucho más que »por haber repudiado muchas veces »Obispados, ilustre por sn admirable »piedad con Dios y misericordia con »los pobres. Haviendo ilustrado todo »el Orbe con sus insignes libros y »sermones, a los ochenta y cuatro »años de su edad, murió en Lisboa, »con gran sentimiento de la República »Christiana. El dia antes del primero »de Enero de mil y quinientos y »ochenta y nueve.»

Leopoldo Eguilaz.

FUENTES DE ESTUDIO.

No es mi propósito ocuparme aquí en detallar las que con toda propiedad pueden ser llamadas fuentes de conocimiento, á saber, las obras escritas por Fray Luis de Granada y en cuyas páginas, mejor que en la biografía más completa y perfecta, se alcanza la grandeza y majestad de su figura, entre las de nuestros ascéticos y nuestros hablistas. Tarea es esta que en el presente número del Boletín se halla desempeñada por pluma mejor cortada que la mia. Mi intento se limita á indicar algunos de los libros en los cuales se contienen noticias de este insigne hijo de Granada, ya en lo que se refiere á las particularidades de su vida ejemplar, ya en lo que se ordena al examen y apreciación de sus escritos.

La primera biografía que parece se escribió de Fray Luis de Granada, es debida al M. Jerónimo Joannini, y precede á la edición latina del *Memorial de la vida cristiana,* impresa en Venecia en 1595. Más tarde, en 1604, Fray Juan de Marieta hizo un breve sumario, y un año despues Fray Francisco Diago, cronista de la orden dominicana en el reino de Aragón, escribió con mayor extensión y detalle, ayudándose de Fray Francisco de Olivera, compañero y amigo del biografiado. Tambien se hallan pormenores interesantes en la *Crónica de la Orden de Santo Domingo* que empezó Fr. Hernando del Castillo y fué continuada por Fr. Juan López, Obispo de Monópoli. Fr. Luis de Sousa, el protagonista del célebre drama de Garret que lleva por título su nombre, ordenó y dispuso los abundantes materiales que allegara la incansable actividad de Fr. Luis de Cacegas, escribiendo la *Historia de S. Domingos particular do Reyno e conquistas de Portugal.* Todos estos trabajos fueron aprovechados por el Licenciado Luis Muñoz, que escribió la más completa biografía de Fr. Luis de Granada, llevando la primera edición de este libro la fecha de 1639. Merecen así mismo consultarse para el conocimiento de la época que pasó en Portugal la *Evora Gloriosa* del jesuita Francisco de Fonseca que sirve de epílogo á la *Evora ilustrada* del P. Manuel Fialho, de la misma compañía, (edición de Roma, 1728, dedicada al Cardenal Cienfuegos). De los muchos escritores que hablan de Fr. Luis puede también recordarse al Doctor Aspilcue-

ta Navatro, que vivió en Portugal y sostuvo correspondencia con él.

Es digna de ser registrada la *Histoire des hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique* (París, 1743) del P. A. Touron, así como la *Histoire Universelle de l'Eglise Catholique* de Rohrbacher (París 1877, tomo XI). Y para conocer á fondo alguno de los puntos culminantes de la vida de Fr. Luis ofrecen grande interés las noticias que se encuentran en algunos libros, ya antiguos, ya modernos. En la *Historia eclesiástica de Granada,* (Granada 1638) de Bermudez de Pedraza, se encuentra, v. gr. el dato más concreto respecto á la casa en que nació Fr. Luis. Y en orden á la tan asendereada cuestión de sus relaciones con el Santo Oficio arroja luz clarísima la *Historia de los Heterodoxos españoles,* de D. M. Menéndez Pelayo.

En cuanto á la bibliografía, despues del artículo que le dedica D. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Nova,* no conozco mejor fuente que la obra que con el título de *Scriptores Ordinis Prædicatorum recensiti...* empezó Fr. Jacobo Quetif y terminó Fr. Jacobo Echard.

Por último, Capmany en su *Teatro histórico crítico de la Elocuencia española,* D. Juan Bautista Muñoz, en el prólogo latino que escribió á la *Retórica eclesiástica,* el emperdenido volteriano Don José Marchena en el Discurso preliminar á sus *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia,* Lemcke en su *Hambuch der spanischen Litteratur,* Rousselot (aunque con notable ligereza) en sus *Mystiques espagnoles,* Muñoz Garnica en sus *Estudios sobre la oratoria sagrada,* Menéndez Pelayo en su monumental *Historia de las ideas estéticas en España* y cien más han ejercitado sus plumas en alabar, poniéndolo en su verdadero punto, el mérito extraordinario y singularísimo del humilde fraile, cuya memoria honra Granada, honrándose á sí misma, al celebrar el tercer centenario de su muerte.

Eloy Señán.

EL VENERABLE MAESTRO

FRAY LUIS DE GRANADA,

CONSIDERADO COMO MÍSTICO.

En aquel divino epitalamio en que se canta el inefable amor de Dios á la humanidad, el desposorio místico del Criador con la criatura, su obra maestra en el orden de los mundos visibles; la Esposa, queriendo significar el ardentísimo deseo de su Dios, deseo que la inflama y á impulso del cual continuamente suspira, dice con ternura suave y dulce:—Me besará con besos de su boca (1).

Y fué así, porque Dios estampó el beso de su misericordia en la raza humana tomando para sí nuestra naturaleza, y uniéndosela inseparablemente aquel divino Verbo, aquella Sabiduria increada que dijo de sí misma:—Yo he salido de al boca de Dios—(2) quiso vestir nuestro humilde ropaje, y morar con los hombres: fué poco esto: perpetuó su mansión quedándose con nosotros en el sacramento de sus amores para sellar con el beso de su caridad benditísima no ya la frente, sino el corazón de cada hombre, y por este medio y por las innumerables gracias que comunica, unirnos á su divino Corazón, desposarnos en fin con Él, puesto que á buscar quien le amara descendió del cielo á la tierra.

Este divino desposorio, término que debe ser de nuestro viaje por este mundo y principio de la felicidad que se nos prepara en el otro, es apretado lazo que ata Dios, siempre que se deje atar el alma con las misteriosas cadenas; y se la dispone gradualmente para subir á ese divino tálamo.

Es el Verbo la verdad sustancial, luz inextinguible, claridad sempiterna, y

(1) *Osculetus me osculo oris mi:* en el hebreo está en plural, beso: el pensamiento es el mismo. (Cant. c. 1.)

(2) Ecci. 24.

por eso ha querido alumbrar á la tierra con clarísimos resplandores, con los rayos de su doctrina. Por aquí comienza la Teología su obra de reparación y elevación del espíritu; ilustra el entendimiento con los dogmas; pero no basta, si hemos de ser felices, con el conocimiento de la verdad: conocemos para querer ó no querer, para inclinar nuestra voluntad á lo bueno, y saber apartarla de lo malo; y así la Teología, que mientras nos enseña verdades recibe la denominación de dogmática, cuando dirige nuestra voluntad conforme á las ordenaciones de la voluntad divina es Moral.

Aquí terminaría su obra si nuestros vínculos con Dios solo fueran en el orden moral lazos de sumisión á los preceptos divinos; pero el hombre debe más: debe á Dios todos los afectos de su alma, todas las respiraciones de su pecho, todos los latidos del corazón, y no es justo que se los niegue. De Dios viene y á Dios va, y no hay modo de caminar hácia Él, sino uniéndose á Él; y mientras más íntima sea la unión, más estrecho el abrazo, no hay que dudarlo, más seguramente llegaremos. Esto supone la luz de la verdad en la inteligencia, la dirección de la Ley en la voluntad; pero esto es más que dar á Dios el entendimiento por la fé, y la voluntad por la obediencia; es darnos á Dios en absoluto, sin reserva, es gozar el alma en esa donación generosa; es aspirar á que Dios se nos dé también para llenarnos de dicha; y es aceptar Dios la ofrenda, y desposarse con la paloma que lo busca y hacia Él vuela, sacudiendo el polvo del mundo y ganosa de remontarse á las alturas.

He aquí los dominios de la Mística Teología: propende á esto, y nos enseña la manera de perfeccionar nuestro ser moral, es decir, de perfeccionar la grande, la única obra que importa realizar sobre la tierra. Podríamos decir que la Mística es la Teología del corazón.

Bien se deja ver cuán insensato juicio es el de aquellos que consideran la Mística como extraña, en cierto modo, á la Sagrada Teología, ya que no como un amoroso delirio, irrealizable para la generalidad de los hombres. No: la Mística es el último paso que la Teología puede dar, porque despues de haberse apoderado de nuestro entendimiento para ponerle en comunicación con el entendimiento divino por medio de los dogmas, despues de haber sometido la humana voluntad á las suaves leyes de la divina, toma en sus manos al hombre todo entero, para ponerlo en brazos de su Criador. ¡Bendita la ciencia que nos anticipa cuanto es posible los goces de la vida futura!

Así es que los teólogos más profundos han sido grandes místicos; y por esto quien tan alto subió en la Teología: Fray Luis de Granada, blasón gloriosísimo de la orden de predicadores, honra de España y especialmente de esta ciudad ilustre, debió resplandecer y resplandeció como excelente maestro en esa ciencia de los santos.

Mas como Dios reparte sus dones según conviene á la exaltación de su Iglesia y bien de las almas; y da el *Espíritu Santo á cada cual como quiere,* (1) debemos advertir una notable diferencia entre Fray Luis de Granada y los grandes doctores de la Mística Teología, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Dos águilas son estos que se remontan, y contemplando el sol de la claridad eterna, descubren á su luz los misterios del amor inefable con que se da Dios á los hombres, y del consorcio de estos con Dios: hechos de caracter sobrenatural, que, descubiertos y explicados, revelan toda la dulzura de las misericordias divinas y toda la dicha que puede alcanzar el corazón humano áun en la tierra: Fray Luis no fué suscitado por Dios para remontarse de igual modo á esas nubes; sino para enseñarnos con admirable orden, con abundante copia de ciencia, con claridad suma de doctrina el camino por donde podemos llegar á tan glorioso término, la escala por donde se puede subir á esas celestiales alturas.

(1) 1 ad Cor. c. 12.

Santa Teresa y San Juan de la Cruz, subiendo á la cumbre del Carmelo amenísimo de la santidad nos dicen:—Esto es el alma que busca con afán á su Dios, y á Él se entrega y con Él se desposa:—Fray Luis se queda con nosotros en estos valles por donde andamos la generalidad de los hombres, para decirnos cómo se sube á las floridas cumbres de la montaña. Si aquello excita nuestros deseos, esto nos guía y alienta nuestra esperanza. Qué debamos estimar como más necesario, sería necia presunción querer definirlo: sin el maestro que nos guíe no conoceremos la senda: sin la visión que se nos muestra en lo alto no conoceremos toda la belleza del paraiso á que se nos convida.

Conforme á esta providencial misión, brotaban de la pluma de Fray Luis los libros, que dirigiendo á tantas almas, y llevando al cielo á tantos elegidos, alcanzarían para su autor un lugar de los más ilustres y gloriosos entre los más renombrados maestros de la Mística.

Que más ó ménos directamente cuanto escribió Fray Luis de Granada tiende á ese fin, no hay para qué decirlo; pero en el presente momento no hemos de fijar la atención sino en tres libros, que son otros tantos admirables tesoros.

Es el primero la *Guia de pecadores,* en cuya primera parte se exhorta eficazmente á la virtud y en la segunda se declara la doctrina de las virtudes para que sepamos practicarlas.

Los títulos por donde obligados estamos á la virtud, examinados con detenimiento y claridad, confirmándose la doctrina, como siempre, con lugares copiosos de la Santa Escritura; los privilegios que la virtud confiere á quien la practica y la contestación á las excusas de que suelen valerse los pecadores: he aquí el asunto de la primera parte, ó libro primero de Guía tan admirable; pero de tal modo dicho, con tanta sabiduría expuesto, con celo tan eficaz, y con unción, al mismo tiempo tan dulce, que leyendo estas páginas no sabemos qué admirar más, si la gracia de Dios que á través de ellas se descubre, ó nuestra sequedad no poniendo en ejecución todo lo que nos dicen.

La doctrina de las virtudes, ó sea enseñanza para que nos ejercitemos en ellas, señalando los remedios contra todas nuestras pasiones, y declarando, por ende, lo que son, y en lo que consisten las verdaderas virtudes: he aquí el asunto de la segunda parte, ó segundo libro de la *Guía;* y aquí se aplican á las dolencias de nuestro corazón oportunos remedios; y no hay síntoma que á la penetrante mirada de médico tan sabio se oculte.

Jamás debería caerse la *Guía de Pecadores* de nuestras manos, de las manos de todos, porque ¿quién será el hombre dichoso á quien este admirable libro no se dirija?

Vemos aquí lo que podríamos llamar el primer paso, porque al deseado consorcio con su Dios nunca podrá llegar el alma si primero no se trueca de pecadora en justa, si no arroja lejos de sí las *armas de las tinieblas empujando las armas de la luz* (1); y adviértase que Fray Luis de Granada en la *Guía de Pecadores* no es el moralista que discute y examina los actos humanos, definiendo su bondad ó malicia; sino el verdadero guía que nos toma de la mano y nos conduce por el sendero de la virtud hasta los límites de la perfección evangélica: su trabajo es más propio del místico que del moralista.

Para realizar esta obra de transformación en Jesucristo y apretar más y más los lazos que á su Criador la unan necesita el alma, de absoluta necesidad, el trato con su Dios. Tanto será de nosotros conocido cuanto fuere tratado, y así lo amaremos cuanto lo hubiéremos conocido. Por eso convidaba el Profeta Rey á los hombres á que gustasen y viesen cuán suave es el Señor, (2) lo que vale tanto como decir:—si procurais conocerlo embelesaráos su bon-

(1) Rom. 13.
(2) Ps. 33.

dad, os embriagará su dulzura y lo amareis de todo corazón.

Pero acaso tratar con Dios ¿no es orar? Luego ni el pecador se justifica, ni el justo persevera, ni el perseverante se abraza con estrecho abrazo á su Dios, ni quien á Él se abrazó se deleitará con su dulzura sino por la oración. Esta es la misteriosa escala por donde subimos desde lo más profundo de la tierra, desde los más hondos abismos, á lo más alto de los cielos: veáse por qué la obra que la *Guía de Pecadores* comienza, viene á completarla otro libro, el de la *Oración* y *Meditación;* y en él tenemos tan sólida y abundante doctrina, teoría tan excelente con tan sabrosa práctica, que bastaría por sí solo para formar varones perfectos. Enseñanza sobre el modo de orar; consideraciones sobre la pasión del Salvador, para que se le aficionen las almas, y pongamos en nuestro corazón ese manojito de mirra (1); meditaciones sobre los novísimos, que ayudan á conservar la justicia (2), y excelentes avisos é instrucciones para todos, así para los que principian su viaje por los caminos de la vida espiritual, como para los que por él adelantan y para los perfectos.

Añádese á estos libros el *Memorial de la Vida Cristiana* y sus *adiciones,* en que se sigue al hombre desde los primeros pasos en la senda del bien hasta la cumbre de la perfección evangélica, y donde se trata magistralmente de las excelencias del amor de Dios y de los medios de adquirirlo; y sin necesidad de buscar en las otras obras de nuestro Venerable más títulos, bien podremos admirarla como uno de los más consumados maestros de la Mística Teología.

Oigamos un voto que vale, no diré ya mucho más que los elogios de mi pobre y mal cortada pluma, sino más aún que cuanto pudieran escribir las más discretas: es el voto de Santa Teresa de Jesús, en carta que dirigió á Fray Luis decía la Santa: «De las muchas personas que aman en el Señor á V. P. por »haber escrito tan santa y provechosa »doctrina, y dan gracias á su Majestad »por haberla dado á V. P. para tan »grande y universal bien de las almas, »soy yo una.»

Trascritas estas palabras, yo debo sellar mis labios, y vehementemente rogar á Fray Luis que desde el cielo donde creo que goza las eternas delicias, mire con indulgencia mi atrevimiento.

Maximiano Fz. del Rincón y Soto,
Presbítero.

(1) Cant. 1.
(2) Ecci. 7.

AL SANTO FRAI LVIS

de Granada, Don Iuan de Iauregui y Aguilar, Cavallero de la Orden de Calatraua, Cavalleriso de la Reina nueſtra Señora, al dibujo que hizo de ſu retrato. (1)

En ti la ſacra erudicion i el zelo,
Eloquente piedad, afecto puro,
Contra el poder fatal erigen muro,
Sobre el tiempo veloz levantan buelo.

De lo mortal viviente el fragil velo
Halla en tu efigie lo inmortal ſeguro,
Y en debil carta i lineamento oscuro
Mas duracion i luz que el ſol y el cielo.

O en voz divina, oraculo no umano!
Poco te ofrece en el traſunto el arte,
Bien que animar pretenda tus cenizas.

El interes mayor logra mi mano,
Que en sus lineas preſume eternizarte,
Y en tí miſmo eres tú quien la eternizas.

(1) Poesía publicada por el Ldo. Luis Muñoz en su Biografía de Fr. Luis de Granada.—Madrid, 1639.

FRAY LUIS DE GRANADA

CONSIDERADO COMO ESCRITOR.

Como brilla el sol en el firmamento, eclipsando la claridad y resplandor de los demás astros, así brilló en el purísimo cielo de la España católica el insigne dominicano, predicador asombroso, publicista fecundo, teólogo consumado, místico perfecto, asceta recogido, director admirable de espíritu, político sincero, naturalista observador, preceptista acertado, gramático entendido, humanista insigne, lingüista diserto y filósofo investigador, Fray Luis de Granada, maravilla de su siglo, maestro de la Cristiandad y ornamento preclarísimo de la nación española. No un número de periódico, volúmenes enteros llenarían los justos elogios que á tan alto varón deberíamos dedicar; pero en la precisión de ceñirnos á la estrechez de estas columnas y á la angustia del espacio otorgado, cortaremos el vuelo de la imaginación y nos reduciremos á escribir ligeras apuntaciones acerca de los libros que dió á la estampa, notando de paso sus relevantes cualidades de escritor.

Las obras de Fray Luis pueden repartirse en tres clases, correspondientes á las tres lenguas castellana, portuguesa y latina, en que las sacó á luz.

Veámoslas:

I.

Obras castellanas.

I—Guía de pecadores. Esta obra es un tratado de moral cristiana, escrita por los años de 1555, bajo el hermoso cielo de Pax Augusta (Badajoz); cuya ciudad vió con gran regocijo la fundación del convento de PP. Dominicos, llevada á cabo por Fray Luis. Según solía decir éste á sus amigos, la *Guía de Pecadores* es la obra más acabada de su genio. Fué traducida en griego vulgar, en latín, en japonés, en alemán, en polaco, en italiano y en francés.

II—Libro de la Oración y Meditación. Es un tratado de teología mística, salido á luz en 1564. Lo había escrito el autor, según cuenta Sotillo, en la soledad de Scala Cœli, convento de la sierra de Córdoba, restaurado por él. «A un arroyo se iba que está en medio de la calzada del convento, y, en aquellas quebradas sentado, dictaba á dos escribientes; que por eso hasta hoy se llama el arroyo de Fray Luis de Granada» (1).

Es tal la bondad de la doctrina y la suavidad y elocuencia de este libro, que no extraño lo tradujeran inmediatamente en todas las lenguas europeas. Hay una versión en turco. Y aun hoy día las ediciones se multiplican, y puede llamarse con razón este libro el breviario de los devotos.

III—Memorial de la vida cristiana. Libro compuesto de siete tratados y dos *Adiciones,* salidos en diferentes tiempos y luego reunidos en un volumen en 1580. Contiene exhortaciones á la virtud, á la penitencia, á la comunión, á las principales prácticas de bien vivir, á la oración mental y vocal, á la meditación de la vida de Cristo, y al amor de Dios. En este último tratadito, ó mejor en las *Adiciones,* dedicadas á la condesa de Feria, religiosa en Santa Clara de Montilla, se excede á sí mismo el venerable Padre, llegando á un altísimo grado de perfección doctrinal y literaria. Igualmente fué traducido el *Memorial* en todas las lenguas cultas.

IV.—Introducción al Símbolo de la Fe. Vasta, elocuente é inmortal apología de la Religión cristiana. La edición más antigua de que hay noticia, la hizo Cristóbal Plantino en 1572, en cinco tomos elegantemente impresos. El P. Galiana, bibliógrafo valentino, ponía sobre su cabeza esta celebérrima creación de nuestro Fray Luis, llamándola *grandis molis opus atque omnigena eruditione plenum,* obra de alto vuelo, y llena de inmensa erudición (2). Para

(1) *Vida de F. Álvaro de Córdoba.*—Capítulo VIII.

(2) *Commentarius.*—Valentiæ, 1769.

nosotros tiene esta apología ciertos puntos de contacto con *El Genio del Christianismo,* de Chateaubriand, y con las *Maravillas de la Naturaleza,* de Sturm, llevándoles ventaja en antigüedad, y quizá en solidez de argumentos, erudición de buena ley y estudio de las obras del Hacedor Supremo. No hubo nación europea que no quisiese conocer tan hermosa defensa y explicación de la doctrina católica. Hasta en la remota Persia, según testimonio del viajero agustiniano P. Antonio de Govea, fué presentado al Shah, por mano de un gentilhombre veneciano, este libro del *Símbolo de la Fe,* ricamente encuadernado, traducido en lengua persiana (1).

V—Opúsculos diversos. Son muchos y todos de sustancia: 1.º Tratado *de la manera de proponer la Fe á los infieles.* 2.º Sermón *sobre las caidas públicas.* 3.º Instrucción *á los que empiezan á servir á Dios en las Religiones.* 4.º Compendio *de la Doctrina espiritual,* extracto de cinco libros suyos, al cual por esto llamaba Fray Luis *mi nieto.* 5.º Otro breve tratado de *Oraciones y ejercicios de devoción.* 6.º Otro breve *Memorial y guía de lo que debe hacer el Cristiano.* 7.º Diálogo *de la Encarnación de Nuestro Señor,* en que son interlocutores San Ambrosio y San Agustín; obrita dictada por el autor á Francisco de Olgueira, cuando ya el ilustre anciano había perdido la vista. 8.º Vida *del P. Ávila,* 9.º Vida *de Fray Bartolomé de los Mártires.* 10.º La *Escala Espiritual,* versión castellana de una obrita griega de San Juan Clímaco, la cual amplió el Granatense con selectos comentarios sacados de Dionisio Cartujano. 11.º La *Imitación de Cristo,* de Tomás de Kempis, versión castellana; aunque debo recordar que ya en la España oriental se conocía en lengua vulgar ese famoso librito, puesto que lo tradujo en lemosín Miguel Pérez, con este título: *Explanació de Latí en Valenciana lengua, del libre de Mestre Joan Gerson, Canceller de París, de la imitació de Jesu Christ, è del menysprèu de aquest mon miserable.* (Valencia, 1491). Hablando el docto francés Baillet de las dos versiones que aquí señalo con los números 10 y 11, dice: «Luis de Granada tradujo los libros de la Imitación de Cristo y la Escala Santa de San Juan Clímaco, con tal pureza de dicción, con tal limpieza y elegancia que sirven de modelo á todos los Españoles para hablar bien y escribir correctamente su idioma; se aprende en ellos la piedad con el arte de hablar, según atestiguan el P. Schot, jesuita, Dom Lanceloto, benedictino, el abate Ghillini, y otros (1). Y, finalmente, 12.º La *Filomena de San Buenaventura,* opúsculo de suavidad incomparable del Doctor Seráfico, que no puso en verso sino en elegante prosa Fray Luis, por no ser práctico, según indica él mismo, en la versificación castellana.

(1) *Viaje de Persia:* lib. I, cap. XIII.

II.

Obras portuguesas.

I—Compendio da doctrina Christiana. Este precioso Catecismo, publicado en Lisboa hacia 1560, á instancias de D.ª Catalina, reina de Portugal, hermana del Emperador Carlos V, se repartió á miles entre los aldeanos del vecino reino. En 1595 lo puso en castellano Fray Juan Montoya, imprimiéndolo en Granada en casa de Sebastián de Mena y dedicándolo al Sr. Arzobispo D. Pedro de Castro, magnífico fundador del Sacro Monte. Al mismo tiempo lo traducía é imprimía en Madrid el P. Enrique de Almeida, cuya traducción ha prevalecido. Libro de oro, este Catecismo debería reimprimirse, con algunas pequeñas adiciones relativas á los errores modernos, y circular profusamente. La célebre señora Doña Luisa de Carvajal, conocida en toda Europa por su viaje á Inglaterra, en donde sufrió muchas penas y quebrantos por la Fe católica, afirmaba que este libro era el mejor del mundo, y el más importante y necesario, y que contiene cuanto debe saber, creer y obrar

(1) *Jugemens de Savans.* Tomo III, página 198.

un católico; y que con este libro y las vidas de los Santos, y pocos más, tenía bastante librería una familia bien ordenada.

II.—Treire pregaçoes das principaes festas de Christo et da sua Santíssima May. Puso estos Sermones en castellano un religioso de la orden de Santo Domingo, quizá el antedicho P. Almeida; y se imprimieron en Granada el mismo año de 1595. Son breves indicaciones y pláticas, destinadas á leerse desde el púlpito, como expresa su devoto autor, los Domingos y fiestas *en las iglesias adonde no suele haver sermón por no haver predicadores.* Son, pues un complemento del Catecismo, y por eso en algunas ediciones se imprimen á continuación de él.

III.

Obras latinas.

I.—Concionum de Témpori. Estos sermones constituyen la obra predicable del P. Granada. Vieron la luz en Lisboa por los años de 1575. El primer tomo comprende el Adviento; el segundo la Cuaresma; el tercero las dos Pascuas; el cuarto las festividades del Corpus hasta el Adviento, recorriendo así todo el círculo del año. La sencillez de la exposición, la claridad del lenguaje, la unción evangélica y la solidez de la doctrina caracterizan esa admirable producción, utilísima al catolicismo en general, pero especialmente á los párrocos y demás personas que tienen cura de almas. ¡Qué hermoso latín el del venerable Granada! Sin las dificultades de los autores clásicos, ni los amaneramientos de los latinistas del período renaciente, la dicción se desliza suave, limpia, castiza, proporcionada á la gravedad de las materias que trata. El cardenal Enrique de Évora, que fué rey de Portugal; don Bernardo Fresneda, Obispo de Córdoba, confesor de Felipe II; San Cárlos Borromeo, arzobispo de Milán; y el venerable D. Juan de Rivera, patriarca y Virrey de Valencia tuvieron en sumo predicamento esta obra, y la recomendaron eficazmente á la ilustración del clero. Se tradujo en francés y en italiano. He visto también la traducción española en diez tomos en 4.°, hecha en Madrid año de 1790, por el monje basilio D. Pedro Duarte. Desmerece bastante del original; y se comprende, porque Duarte escribió en una época literaria en que dominaban el prosaismo y la medianía, no atreviéndose los ingenios á levantar el vuelo por miedo cobrado al estúpido gerundiamismo, tan acertadamente estigmatizado y puesto en ridícula fuga por el memorable P. Isla. Olvidáronse no poco del verso de Horacio: *Serpit, humi tutus nimium timidusque procellæ.*— Cobardemente por el suelo arrastra, quien teme demasiado al huracán.

II.—Concionum de Sanctis. En dos volúmenes publicó luego Fray Luis por los años de 1578, en Salamanca, los panegíricos de los Santos, completando de este modo su obra predicable. También D. Pedro Duarte los tradujo en nuestro vulgar castellano, en cuatro tomos (Madrid, 1793). Toda Europa escuchó aquella predicación llena de sinceridad, de persuasiva elocuencia, de serena discreción, de solícita piedad; grave, reposada, atenta al bién común; voz tan elocuente, tan digna, tan enérgica, que ha podido llamarla Alejandro Pidal en su discurso de recepción en la Academia Española, la voz de España, la voz de la España del siglo XVI. Sin embargo, no dejaré de advertir que aquel gran orador, Fray Luis de Granada; aquel Cicerón cristiano discípulo predilecto del P. Ávila aquel predicador, que conmovió las muchedumbres de Andalucía y Extremadura, no ha legado á la posteridad sermones castellanos. Uno solo hay, que escribió y publicó ya en su vejez: el sermón contra los escándalos en las caidas públicas, en ocasión del ruidoso asunto de la Priora de la Visitación de Lisboa, llamada autonomásticamente la *Monja de Portugal*. ¡Qué lástima que tan gran hombre descuidase coleccionar sus inspiraciones oratorias en la lengua materna, en la excelsa lengua en que engarzó sus meditaciones del *Libro de la*

Oración y sus raciocinios del *Símbolo de la Fe!* Este descuido, imitado luego por la mayor parte de nuestros oradores sagrados, ha mantenido en relativo atraso nuestra Oratoria, de tal manera que, habiendo sido ella realmente superior á la francesa de los Bossuet y Lacordaire, es decir, más fructuosa para el reino de Cristo, no puede sufrir parangón ventajoso con ella en el terreno literario. «Se ha tenido poco cuidado,—hemos dicho en otra parte,—en conservar escrita la palabra. Apenas hay modelos que proponer á la aplicación estudiosa. Como la inspiración de los actores clásicos, ó las sublimes notas de afamados cantantes, la inspiración oratoria española ha dejado de impresionar á los pueblos en cuanto, concluida la función, el orador ha desaparecido de la escena. Con el afán de la cosecha presente, se ha olvidado la de lo porvenir. Se han recogido frutos del auditorio, más ó menos numeroso, que cabe en una iglesia; no se han recogido de la ciudad, de la provincia ó de la nación» (1).

III—Rhetoricæ ecclesiasticæ libri sex. No contento el ilustre granadino con dar la práctica de la predicación, quiso enseñar la teoría; y entonces dedicó á la Academia de Évora este libro de Retórica, salido en 1576 de las prensas olisiponenses. Se ha tenido siempre en gran estima este doctísimo tratado, y aún hoy sirve de texto en seminarios españoles y extranjeros. Lo mandó traducir en lengua castellana el Ilmo. D. Josef Climent, obispo de Barcelona, precediendo la edición de 1770, hecha en esta ciudad, de una importante y erudita pastoral en que, con frase severa, anatematiza la ignorancia, el mal gusto y la estolidez de los oradores gerundianos, señalando, según las normas de Fray Luis, los defectos que deben evitarse. El Ilmo. Climent dice, á propósito de las obras de nuestro venerable escritor, entre otras cosas lo siguiente: «Habiendo de predicar en español, es preciso que, á más del estudio de esta Gramática, procureis tener una gran copia ó afluencia de palabras españolas, como demuestra el V. Granada en el Cap. XII del Libro VI; en donde también enseña el modo de adquirirla. Entre ellos propone, como necesaria, la lección de libros bien escritos en la lengua en que hemos de predicar. Y aunque su humildad no le permitió aconsejar á los Españoles, que leyeran sus obras españolas, yo debo encargaros que las leais, y con la reflexión, que el mismo previene; porque todos los hombres de juicio y de buen gusto convienen que no hay libros más bien escritos en lengua española, cuyo carácter es muy distinto del de la italiana y francesa, que algunos ahora adoptan sin necesidad y con gran impropiedad.... Igualmente pueden aprovecharos los sermones latinos, llenos de razones, autoridades, símiles, y de los demás adornos retóricos; y, por consiguiente, compuestos con un método ó estilo que viene á ser un medio entre el de los Franceses y el de los Italianos; y, á mi entender, muy semejante al de San Juan Crisóstomo, y muy acomodado al genio de nuestra nación.»

IV—Sylva locorum communium. Esta obra es un complemento de la Retórica, una especie de *Aurifodina,* como la editada en francés por Luis Vives y el capuchino Roberto, hace pocos años. Dedicóla el autor, en elegante *Epístola nuncupatoria,* á D. Antonio Zapata, canónigo de Toledo, y mereció por ella la felicitación del Papa Gregorio XIII. Consta de dos tomos, é imprimióse en Lión en 1582. Es un rosario de textos, sacados de los Santos Padres y principales filósofos, referentes á Dios, á la virtud y á la felicidad, explicados y comentados con escogida erudición, para proporcionar materia y citas á los predicadores.

V—Collectánea Moralis Philosophiæ. Es una miscelánea erudita, copiosa é interesante, sacada de las sentencias de Séneca, de los opúsculos morales de Plutarco y de los dichos cé-

(1) *Las virtudes cristianas en la vida moderna.*—Prólogo.

lebres de príncipes y filósofos antiguos. Leyéndola, se viene en conocimiento del gran caudal de erudición clásica que atesoraban los escritores españoles del Renacimiento, y cuál era la base de sus estudios: la docta antigüedad. Ellos quitaban á los paganos, con discernimiento exquisito, los tesoros de la filosofía y de la literatura, para ofrecerlos purificados á la civilización cristiana.

Dice D. José Joaquín de Mora, en la vida de Fray Luis de Granada, que precede á la edición de Rivadeneira, (Madrid, 1850), que esta *Collectánea* se imprimió en París en 1582. La vedad es que se imprimió por primera vez en Lisboa, año de 1571, por Francisco Correa, en tres elegantes tomitos en 8.º que poseemos en nuestra biblioteca del Sacro Monte, constituyendo por la rareza de ejemplares una joya bibliográfica. Está igualmente inexacto el Sr. Mora al decir que de la obrita de Fray Luis *De officiis et moribus Episcoporum* solo se conozca el título; porque esta obra es un largo sermón ú homilía sobre las palabras de San Juan: *Pasce agnos meos,* y puede verla el piadoso lector en la edición valentina de 1767 que dirigió tan acertadamente D. Juan Bautista Muñoz. (Tomo VI *Concionum).* Lo tradujo Don Pedro Duarte, insertándolo en el tomo X de sus traducciones. Y con ésta ya son tres las correcciones que nos tomamos la libertad de hacer á la Edición de Rivadeneira: 1.ª Los trece sermones, que no se escribieron en castellano, sino en portugués. 2.ª La publicación de la *Collectánea* hecha en Lisboa, y no en París. Y 3.ª La referente á la existencia de la obra *De officiis et moribus Episcoporum* (1).

Cinco grandes obras castellanas, cinco latinas y dos portuguesas componen, pues, la herencia literaria del P. Maestro Fray Luis de Granada que disfruta el género humano y, sobre todo, la Península ibérica. Si los méritos sobresalientes de un escritor estriban en la bondad de su doctrina, en la unidad, variedad y proporción de partes que internamente componen sus escritos, en la propiedad, pureza, claridad y elegancia del lenguaje, y en la hermosura y naturalidad del estilo; con razón han proclamado los críticos antiguos y modernos, nacionales y extranjeros á Fray Luis de Granada por águila de los escritores y príncipe soberano en la república de las letras.

No concluiremos estas líneas sin expresar nuestro ferviente deseo de que el Excmo. Ayuntamiento de Granada, que va á levantar ahora una estatua al insigne dominicano, costee una edición magna de todas sus obras; una edición crítica, según los adelantos modernos; una edición salida de las prensas de esta ciudad y dirigida por ingenios y artistas granadinos; una edición, finalmente, adicionada con el Epistolario, es decir, con todas las cartas inéditas del Venerable Maestro, que deben de existir en los archivos de Granada, Valladolid, Córdoba, Badajoz, Évora, Pedrogaón y Lisboa, en los conventos de Santo Domingo de estas poblaciones, y en las Casas de los Duques de Alba y Medina Sidonia, donde vivió algún tiempo, ó en cuyos asuntos intervino.

Así quedaría un monumento conmemorativo de este tercer Centenario, y el mundo entero tomaría parte en estos regocijos de la familia española.

José Taronji, Pro.

(1) Consúltese otra vez el *Comentario* del P. Galiana, ya citado.

EL MAESTRO FR. LUIS DE GRANADA,

MODELO CLÁSICO DEL HABLA CASTELLANA.

I.

No nos toca considerar este ingenio esclarecido, á quien hoy con legítimo júbilo enaltece y glorifica su noble patria, deteniéndonos en las virtudes de aquel varón excelso venerandas y ejemplarísimas; ni nos cumple mirar su vas-

to saber en las ciencias sagradas, ni ponderarle como lumbrera de la filosofía española, ni como príncipe de la elocuencia (1); sino meramente como astro de primera magnitud entre aquella pléyada de *hablistas castellanos* que tanto lustre dieron á esta reina de las lenguas ibéricas en el áureo siglo inmortal de las Letras españolas. Y no, en verdad, el aspecto menos interesante entre los varios bajo que pueden ser examinadas las admirables creaciones de aquel espíritu soberano: pues si el más grandioso monumento é imperecedero, que le es dado legar á los pueblos civilizados, para perpetuar el recuerdo histórico de su existencia, es aquel que forjan y elaboran con la materia espiritual de la palabra, ¿qué obra más noble, ni superior ni más meritoria pueden ejecutar los grandes hombres que la de poner todas las fuerzas de su alma en labrar, pulir y abrillantar esta adorable joya de la lengua patria, acrecentando su claridad y su hermosura, para hacerla adorno y gala y digno símbolo del humano pensamiento en las obras portentosas y magníficas de la ciencia y de la religión, de la literatura y de la elocuencia?

Y por cierto que lengua ninguna de las habladas en la Tierra se ha ofrecido tan maravillosamente para esta rica labor variada y primorosa, como la que ha llegado á enseñorearse sobre los otros idiomas y dialectos usados en esta privilegiada punta de Europa, donde desde siglos, se han venido dando cita y haciendo su descanso las razas más insignes y señaladas en la historia del mundo. Oriunda es la lengua de Castilla, como los otros idiomas de nuestra Península y de la Europa meridional, desde las costas atlánticas hasta las bocas del Danubio, de la ruda pero vigorosa lengua que trajeron á nuestro suelo las legiones romanas, amasada con abundante levadura de términos de los aborígenes y de los primitivos colonizadores; la cual, nutrida y acrecentada más tarde por los misioneros y apóstoles del cristianismo, y luego por las razas germánicas conquistadoras, llegó á constituir aquella noble lengua latina hispano-gótica, instrumento de nuestra primera civilización española, de cuya fermentación nació, con el andar de los siglos, entre las lenguas romances, la sonora majestuosa lengua castellana, esmaltada con espléndidos reflejos orientales, por su contacto y con el roce de las lenguas rabínicas, árabe y africanas: resultando de esta rica variedad de elementos idiomáticos aportados á nuestra armoniosa lengua española, ese sello original ario-semítico, esa amalgana singular y típica, que tan notablemente la hermosea y diferencia de todos los otros lenguajes de las restantes naciones europeas. En esta lengua grave, abundante y sonora se había redactado la primera epopeya patria y en ella escrito los primeros nobles monumentos de la literatura castellana, en los heróicos siglos de la Reconquista, cuando sobrevino en toda Europa el glorioso despertar del Renacimiento, precursor y preparador de la venturosa edad de nuestras Letras españolas,—en cuyo momento escribió sus inmortales obras, á la vez que los otros insignes escritores ascéticos, sus contemporáneos, nuestro renombrado religioso de la órden de Predicadores Fr. Luis de Granada, si señalado entre ellos por su santidad y por su ciencia, notable sobre todos, como escritor, por las dotes incomparables de su elocución y de su estilo.—¿Empero cómo se formó este hablista insigne de nuestro brillante siglo de oro?

(1) La vida y obras de Fr. L. de Granada entendemos que van á ser examinadas, bajo estos distintos puntos de vista, en interesantes artículos del presente BOLETÍN. Creemos innecesario recomendar á nuestros ilustrados lectores la Colección de los numerosos escritos y predicaciones del sabio religioso publicada, con un prólogo de D. J. J. de Mora, en los tomos VI, VIII y XI de la *Bibliotheca de Autores españoles*, por ser de todos conocida. Son así mismo apreciables fuentes bibliográficas para estudiar la vida y obras de L. de Granada:—*Luis Muñoz*, Vida y Virtudes de L. de Granada, Madrid, 1639.—*Quetil et Echard*, Scriptores ord. prædicatorum.—*Tournon*, Hommes illustres de l'ordn de Saint Dominique.

II.

A mediados del presente siglo un distinguido escritor de la nación vecina (1) dió á la estampa un curioso libro sobre la famosa escuela místico-española del siglo XVI, estimándola como uno de los más gloriosos timbres de aquella gran centuria, y asentando que el movimiento religioso que personifican los venerables místicos españoles es digno de ocupar una página brillante en la historia del cristianismo, así como el movimiento filosófico que señalan debe ser objeto de un capítulo especial y propio en la historia de la moderna filosofía. Pues ahora bien,—á nosotros nos ha de ser lícito añadir que esta notable literatura sagrada española es merecedora de ser parangonada con aquella antigua literatura latino-africana, enérgica, apasionada y vehemente, de Tertuliano y del santo Obispo de Hipona; así como por su pureza y ática elegancia es digna de comparación con la de los Basilios, Gregorios y Chrysóstomos, gloriosos rivales en la palabra de los más elocuentes tribunos y escritores de la clásica Grecia.

Dentro del objeto y reducidos límites de este pobre artículo no nos es dado discurrir sobre si el docto crítico francés, que con tan grata complacencia como profunda erudición ha disertado sobre la interesante mística española, ha pecado ó no de exclusivismo, ó de notoria deficiencia al señalar las causas genéricas del misticismo y del caracter especial que ostenta en nuestro pueblo, refiriéndolas á la poderosa energía y vitalidad de nuestra raza, á su sed insaciable de creencias y de prodigios, á su caracter tenaz, ardiente, heróico y sombrío, á sus violentas pasiones caldeadas por este nuestro ardiente sol africano: bástenos recordar que el espíritu vehementemente religioso ya manifestado en nuestro suelo, como fruto espontáneo desde los primeros albores del cristianismo, se exacerbó durante la lucha tenaz y heróica de los siete siglos, produciendo un sentimiento místico que por su viveza y entusiasmo no reconoce superior en la Historia. Pero si antecedentes tales históricos bastan y sobran para darnos la clave de este profundo misticismo de la sociedad española, recalando desde las muchedumbres populares hasta las clases elevadas, ¿á qué buscar nuevo fundamento, indudablemente erróneo, en el hecho supuesto de haber sido escasa ó nula la influencia del espíritu literario y científico del Renacimiento en nuestra cultura patria, y estériles y baldíos los afanes de las Universidades españolas y de los egregios varones que en ellas se esforzaron por difundir las lenguas y las letras orientales, y el gusto por los estudios clásicos greco-latinos, cuando en los mismos ascéticos escritores, regocijo y honra de nuestra literatura clásica del siglo de oro, se revela como buscaban inspiración para sus altas enseñanzas filosóficas y morales, así en el puro manantial de las Sagradas Escrituras y de los esclarecidos y santos intérpretes de la doctrina evangélica de los primeros siglos, como en las obras inmortales de los más afamados escritores, oradores y filósofos de la antigüedad gentílica?

III.

No hemos de detenernos en examinar las causas que imprimieron á esta influencia literaria del Renacimiento distinta dirección y rumbos en nuestra patria que en las otras nacionalidades donde tomó libre vuelo la revolución filosófico-religiosa iniciada en aquella notable época de agitación intelectual. En este punto será sin duda exacto que el Renacimiento resbaló, sin alterarlo sensiblemente, sobre el espíritu nacional; pero no cabe desconocer que los poderosos brios del pensamiento, áun dentro de las mismas tradiciones patrias, y, sobre todo, las *expléndidas formas de manifestarse* en la dorada edad de nuestra hermosa literatura, se de-

(1) El docto profesor del Liceo imperial de Dijón, Mr. Rousselot.

bieron principalmente á los sabios maestros que propagaron en nuestra España el exquisito gusto del Renacimiento; como más adelante nuestra ambiciosa política exterior, y la funesta interior cada vez más inexorable, rígida y deprimente, agotando los recursos y enflaqueciendo el espíritu de esta nación magnánima y generosa, produjeron, con el declinar de nuestra grandeza militar y política, la triste decadencia y abatimiento de nuestras letras, despues de aquel fúlgido explendor con que lucieron en el famoso siglo XVI, inmortalizado, entre mil ingenios, por el elegante prosista Luis de Granada, cuyas admirables cualidades de estilista y de feliz y sin rival manejador del habla castellana no nos cansaremos de celebrar sobre todo encarecimiento. Y es porque el reverendo dominico, como su preclaro maestro Juán de Avila, y el dulce Luis de León, y el docto Venegas, y Malón de Chaide, y los demás insignes escritores sagrados, y los poetas, oradores, y polígrafos todos de nuestra gran centuria española se prepararon por medio de un tenaz y sólido estudio de los grandes modelos antiguos, para llevar á sus pláticas sagradas y á sus profundos escritos filosóficos y religiosos, á sus composiciones históricas y científicas y á las divinas inspiraciones de su númen poético todas las ricas formas y galas y hermosuras de las lenguas y literaturas sabias de la clásica antigüedad. La lengua majestuosa latina venía cultivándose desde los dias del Renacimiento con verdadera pasión delirante por maestros y doctores, del propio modo que por príncipes y magnates, siendo cosa común y frecuente que los más afamados escritores de aquellos tiempos escribieran indistintamente, como sucedió con nuestro docto dominico, (1) del propio modo y con igual elegancia y facundía en la lengua vulgar castellana, que ya habían ilustrado desde el Rey Sabio tantos y tantos varones de nombradía, como en el noble idioma de Cicerón y de Virgilio, de Salustio y de Tácito.

Las sabias enseñanzas de los Nebrijas y Brocenses, Arias Montanos y Barbosas, Abriles y Sepúlvedas fueron en el Siglo XVI, bajo el punto de vista de los progresos del habla castellana, de resultados notoriamente fecundos: pues si bien entre los eruditos se hubo de mostrar, por un momento, deplorable menosprecio por el hablar y escribir en el vulgar romance (1), y, de haber predominado esta funesta preocupación y tendencia, podría haberse impedido ó retardado el completo florecimiento de la lengua castellana, sucedió al fin por fortuna que el cultivo de la lengua latina clásica, despertó el anhelo de llevar á la lengua popular las formas rítmicas y primorosas de la hermosa latinidad antigua, con lo que adquirió la lengua española en los labios y bajo la pluma de los egregios escritores de la época aquella, dotes de pureza, propiedad y elegancia, de pompa y magnificencia, tan peculiares y propias de los grandes apogeos literarios en los antiguos y modernos pueblos que han figurado en la escena del mundo.

---

(1) Además de la *Guia de Pecadores, la Introdución al Símbolo de la Fé, El Libro de la oración y la meditación, El Memorial de la vida cristiana, La Retórica eclesiástica* y otros varios escritos en selecta prosa castellana, tiene Granada varias obras de importancia escritas en latín, como la *De officiis et moribus episcoporum,* su *Collectanea moralis philosophiae,* la *Sylva locorum communium,* las *Conciones de Sanctis,* etc., La edición latina más preciada de las obras de F. Luis de Granada dióse á luz en Colonia en 1625.

(1) Léase de *Fr. Luis de León* en los *Nombres de Cristo* el § que trata de la excelencia de la lengua castellana y error de los que no admitían otra que la latina: *«si porque á nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, es grandísimo error: que Platón escribió no vulgarmente ni cosas vulgares en su lengua vulgar. Y no menores ni menos levantadamente las escribió Ciceron en la lengua que era vulgar en su tiempo. Y por decir lo que es más vecino á mi hecho los santos Basilio y Crysóstomo y Gregorio nacianzeno y Cirilo con toda la antigüedad de los griegos en su lengua materna griega... escribieron los misterios más divinos de nuestra fé...»*

IV.

Que en las aulas de los monasterios y en las cátedras de la imperial universidad granadina, aunque abiertas primeramente *«ad tenebras infidelium fugandas»*, se cultivaron en el siglo XVI con igual ardor y provecho las humanas que las sagradas letras, basta á comprobarlo el recuerdo del afamado Pedro de la Mota y el de aquel egregio humanista que en elegante metro latino, cantó al valeroso campeón de la cristiandad en las aguas de Lepanto (1).

Ahora bién, ¿se formó el gusto literario del reverendo Maestro Luis de Granada bajo estas influencias de las escuelas granadinas, en todo tiempo ilustres cultivadoras de las lenguas y literaturas clásicas y orientales? No podemos asegurarlo; pero es lo cierto que si el ardor suyo evangélico y su caridad inagotable son los verdaderos manantiales de su divina inspiración, cuando habla y cuando escribe, y este calor y esta luz vívida y radiante son los que prestan á sus discursos y á sus escritos su singular unción incomparable,—en su lenguaje ora sencillo y candoroso, ora vehemente, descriptivo y enérgico, y siempre terso, puro, elegante y armonioso, además de retratarse como en claro espejo de fuente cristalina las excelsas dotes de su alma, irradia la sólida filosofía y el vasto saber literario del ilustre maestro, confirmando con ello su propia sabia sentencia de que si la oración y la piedad son suficientes para encender en los limpios de corazón el amor divino,—este amor inefable hacia el que es fuente de todo bién, y padre amoroso de la verdad y Él mismo la suprema hermosura, es infinitamente mejor acrecentarlo y depurarlo por medio de la instrucción y del estudio: *«porque, si amar á Dios es bueno, cómo no ha de ser mejor amarle, conociendo sus beneficios?»* Recórranse las páginas de su abundante literatura, y se verá con cuánta justicia se ha encomiado la profunda ciencia del renombrado religioso granadino: pues con tanta oportunidad como exactitud cita lo mismo á Aristóteles, Virgilio, Plotino, Séneca, Apiano Píndaro y Cicerón, que á San Agustín, Santo Tomás y San Bernardo, los evangelistas y los profetas. (1)

De buen grado, para poner término á este humilde artículo encomiástico acerca del insigne prosista Luis de Granada, insertaríamos algunos fragmentos entresacados de las bellas páginas del sabio dominico, como muestras de su hablar puro, hermoso, castizo y elegante; pero nos habían de faltar para ello el espacio y el tiempo suficientes.

Se reputa cual obra maestra y soberana de este hablista español envidiable su celebrada *Guía de los pecadores*, vertida, como modelo clásico de nuestra estimada literatura castellana, á los principales idiomas de Europa (2) con lo que el mundo civilizado ha ceñido en las sienes del egregio escritor granadino el laurel inmarcesible colocado por la fama inmortal sobre las frentes augustas de Homero y de Platón, de Virgilio y de Séneca, de Cervantes y Camoens, del Petrarca y el Dante. Empero á cuantos anhelen saborear las exquisitas dulzuras y encantadoras bellezas del habla española, les repetiremos las palabras de recomendación del Santo Francisco de Sales á un ilustre prelado, su amigo y contemporáneo: *«Leed al sabio Fray Luis de Granada, empezando por la gran* GUIA DE PECADORES*; despues pasad á la lectura del* MEMORIAL*, y despues leedlo todo entero»* (3).

Antonio González Garbín.

(1) Véase nuestro *Estudio sobre el Negro Juan Latino*, publicado en el tomo I de este BOLETÍN.

(1) Léase el interesante análisis crítico que sobre la antes citada obra de Rousselot dió á luz el malogrado profesor y docto académico de la Española, mi inolvidable amigo D. F. de P. Canalejas en sus *Estudios críticos de filosofía política y literatura.*

(2) Además de la versión francesa de Girad *(La Guide des pécheurs)*, existen versiones en alemán, italiano, polaco y griego.

(3) *Ayez Grenade tout entier... et mon opinion serait que vous commençassiez á le lire par*

UNA SÚPLICA.

CUALQUIERA que haya sido el iniciador del aniversario que ha de celebrarse en honor del esclarecido dominico Fr. Luis de Granada, merece los más sinceros aplausos y que su nombre se inscriba entre los beneméritos de esta ciudad y áun de España.

Fray Luis de Granada evoca la memoria de un sabio y de un santo. Ese sabio lo formó la Iglesia—que se le acusa de enemiga de las ciencias—bajo la dirección de los hijos de Santo Domingo, que tantos dias de gloria proporcionaron á la religión y á las letras. Sus diferentes biógrafos ensalzan hasta donde es posible las obras que dejó escritas, en las que, no solo brilla la sabiduría del teólogo, del escriturario y del filósofo, si que también la propiedad del retórico, la pulcritud y elegancia del hablista, la gracia y belleza del cultivador de las musas. Si no tuviera tantos apologistas, bastaría á labrar su corona el panegírico que en 1582 hizo de su doctrina el Papa Gregorio XIII en estas palabras: «*Ad ægrorum salutem, debilium confirmationem, valentium et robustorum lætitiam, eutriusque tum militantes tum trimphantes æclesiæ gloriam*». Dice: que es salud de los enfermos, apoyo de los débiles, regocijo de los sanos y robustos, gloria de los ciudadanos que moran en las iglesias militante y triunfante.

El estudio de las obras de Fr. Luis, el interesarse para que se haga una edición esmerada y completa de ellas, y recomendar su propagación, es rendir homenaje de admiración y simpatía al escritor castizo y fecundo que honró nuestra literatura en el siglo XVI, y nos dejó en ese monumento literario valiosísima prenda de su talento y erudición; pero, en esta especie de culto que con motivo del centenario vamos á tributarle, se despierta otro sentimiento, si cabe más importante que el anterior, y es, el estimular á la juventud á que tenga siempre en sus manos los libros del Cicerón español, donde hallará la purísima doctrina católica, la sana filosofía, según los principios de Santo Tomás, las buenas ideas estéticas y la propiedad del lenguaje; es que esa misma juventud deponga las injustas prevenciones que le han inspirado contra las órdenes religiosas, rico taller de la cultura humana, que ha enviado sus luces al Vaticano, á las asambleas conciliares, á las academias y universidades, y en donde la Iglesia ha recibido al hijo del artista y del menestral para hacerlo en su dia doctor, despues Prelado, vestirle la púrpura cardenalicia y darle entrada en la cámara senatorial y en el palacio del Monarca; es por último, un sentimiento de legítimo orgullo el que bajo este cielo diáfano naciese un varón tan insigne, mayor que el que nos inspiran nuestros monumentos artísticos.

La santidad de Fray Luis se labró en el ejercicio de las virtudes, proporcionándole su piedad y abnegación una doble aureola, la de la palabra y la del ejemplo, y produciendo su corazón olorosas flores y sazonados frutos: á diferencia del sabio sin virtud, que se contradice no practicando lo que enseña, y suele dejar en pos de sí una herencia emponzoñada. La fama de su cristiana vida va por el mundo, al par de sus inspirados libros, conquistando los entendimientos y cautivando los corazones; y cuando se ha borrado de la memoria de las gentes los nombres de ilustres guerreros, ó de magnates egoistas, el de Fray Luis atraviesa las edades con igual ó mayor prestigio, pidiendo á los granadinos, más que una estatua, *un altar*, desde el cual pueda trasmitir su amor á sus apasionados y devotos.

Esto solo puede hacerlo el Romano Pontífice, á quien corresponde declarar, asistido del Espíritu Santo, que el ve-

la grande Guide des pécheur, puis que vous passassiez au Memorial, et enfin que vous le lussiez tout. Biografía de Luis de Granada en la *Nouvelle Biographie generale* publicada en París por los hermanos Didot bajo la dirección del Dr. Hoefer. 1860. t. XXXI.

nerable y venerado Maestro goza de la Bienaventuranza. Por fortuna se halla incoado el proceso de canonización; y la falta de actividad en el examen de las pruebas, debe consistir en que no hay quien pida su tramitación. La autoridad eclesiástica de Granada, no rehusará el acometer tan nobilísima empresa; únanse á ella el cabildo Municipal, la magistratura y las corporaciones científicas, y eleven reverente exposición al Santo Padre pidiendo la continuación de las diligencias, y confiando en que el Señor dará testimonio de la gloria que disfruta su amado siervo.

Réstame otra súplica que hacer, y á cuya demanda he consagrado este artículo.

De Fray Luis de Granada quedan sus cenizas y sus libros; pero aquellas reposan lejos de nosotros, y siquiera nos es dado el consuelo de depositar una oración sobre su tumba. Tanto en el convento de Granada, cuanto en las demás ciudades en donde siguió su carrera literaria y se dió á conocer como orador y prelado, ya no hallamos más que algún que otro detalle engarzado en la tradición, señalando el sitio por donde pasó ese ornamento del cielo, como llama la Escritura á los predicadores evangélicos, y los vestigios de la influencia divina que mana de la virtud.

Valladolid, más afortunada que nosotros, tiene una pobre calle que lleva su nombre, y en el colegio de San Gregorio—hoy edificio del Gobierno civil—se designa una ventana como correspondiente á la celda que habitó el aprovechadísimo novicio granadino.

En Badajoz existen algunas antiguas cartillas del rezo, en las que consta que Fray Luis de Granada fundó el convento de Santo Domingo de aquella ciudad, y corre entre el pueblo que su virtuosa madre se halla enterrada en la sacristía de la iglesia, debajo de la piedra que había para los cálices.

De Évora—Portugal—no hemos podido recabar otros datos que los mencionados por sus antiguos biógrafos, que han reproducido los modernos. Resta solo fijar la atención en Lisboa, donde residió treinta y un años, ejerciendo el cargo de Provincial, y en cuyo ministerio consumó su brillante carrera á los 31 de Diciembre de 1588. Su cadáver reposa en el mausoleo que á expensas de los Monarcas se labró en la ante-sacristía de la iglesia conventual de los dominicos, hoy parroquia de Santa Justa y Rufina.

¿Po rqué esas cenizas, que algún dia serán veneradas, si se obtiene el decreto de canonización, no han de venir á Granada, donde debía erigirse un suntuoso sepulcro? Si la Providencia dispuso que en Lisboa tuviera su ocaso el sol de la virtud y de la ciencia, no es contrario á la gobernación divina que los habitantes de esta ciudad procuren el renacimiento de tan hermoso astro en su país natal, que si la muerte cortó el hilo de su vida, no ha podido disipar el resplandor que rodea su tumba, ni la gloria con que la fé reviste á los que se duermen en los brazos de Dios. Nuestro Municipio, en nombre del pueblo que representa, é invitando á los Ayuntamientos de Valladolid, Córdoba, Medina Sidonia y Badajoz, en cuyos puntos brilló la elocuencia de Fr. Luis—para que se asocien á su demanda—eleve férvida exposición al gobierno y á nuestra amada reina Regente, para que soliciten de S. M. Fidelísima la traslación de los restos mortales del santo y sabio dominico que nació al pié de la encantadora Alhambra.

José de Ramos López, Pro

UN PARRAFO DE UN DISCURSO (1).

De propósito he querido cerrar el cuadro, donde en breve boceto se rasguea la vida de Fray Luis de Granada, para hablar de otro punto, que, por los dislates que de él se han dicho, capítulo aparte merece. Me refiero á sus cuentas con la Inquisición. Porque esto del

(1) Escrito para el acto literario que celebra la Universidad en honor de Fr. Luis.

Santo Oficio es uno de los topos ó lugares más socorridos de filósofos ayunos, eruditos entre dos luces y políticos á oscuras; los cuales con esta receta y otras como ella hilvanan un discurso ó un libro en menos que hortera enamorado epístola amorosa sobre el manual de cartas para damas y galanes. Y es lo mejor que, porque en esta nuestra tierra española empeñarse en que arraiguen heregías es barbechar en pedregales, ellos andan tan pobres y menesterosos de glorias propias que solo viven de lo que hurtan; y así se meten por nuestra historia como en parva vecinal que es un alabar á Dios. Burlas á un lado; aunque cosas como ella cuesta trabajo tratarlas en veras; cierto es que ninguna pluma española y bien nacida puede dejar inulta la bendita memoria de la grande España del siglo, que por fallo de justicia llamamos nuestro. Vaya que sectarios y vencidos nos calumnien: hacen su oficio. Algo hay que dejar al desahogo de los que todavía en recuerdo sienten el escozor de la heguemonía española; y cuando está viva aún la obra generosa que salvó la Europa latina de la barbarie protestante, no es sino muy natural que vivan los rencores. Pero que gente nacida bajo este sol español que nos alumbra, hagan coro al agravio, bajeza es que da náuseas. Porque el calumniador, infame es; pero quien sufre en silencio la calumnia de su madre más infame es, y todavía quien en el cenagal de esa calumnia embaza las manos, y aquella suciedad arroja al rostro de su madre, ese tal infame y vilísimo es.

Todo el episodio pseudo-trágico de la vida del padre Granada, fantaseado primero por aquel mal clérigo de Llorente, el asalariado de todas las ignominias de su tiempo; ¡cómo andaba la Inquisición cuando tan honrado secretario tenía!; propalado por nuestros inconscientes de España, y aderezado con salsa francesa por Rousselot et *alii ejusdem furfuris;* todo aquel episodio, digo, pseudo trágico y temeroso, viene á quedar en la aventura de los batanes. Nada tuvo que ver Fray Luis con la Inquisición, que no le procesó, ni menos le persiguió, sino que por mano del Inquisidor de Portugal el Archiduque Alberto, áun en aquel desventurado lance de la monja milagrera de la Anunciata, le vindicó y le honró. Ni pasó el insigne dominico á Portugal huido del Santo Oficio, sino rogado á sus Prelados por el Cardenal infante D. Enrique, que de esta suerte le hurtó á nuestra España. Honróle el gran Duque de Alba; honróle y visitóle Felipe II; y bien sabido es que en punto de religión, ni uno ni otro toleraban cosa que á cien leguas tuviese asomos de menos limpia, ni conocían amigos, sino católicos ó herejes. Verdad que en el Indice de Valdés se mandaban recoger con otros libros las primeras ediciones de la *Guia de Pecadores* y de la *Oración y Meditación*; pero como atinadísimamente observa el Sr. Menendez Pelayo; á quien no por miedo á la lisonja ha de negar la justicia el título de pasmo de la moderna ciencia europea; no se mandaban recoger porque contuviesen error alguno, sino por el universal terror que inspiraban en tiempo de los alumbrados los libros místicos, y «por encerrar cosas que aunque los autores pios y doctos las dixesen sencillamente, creyendo que tenían sano y católico sentido, la malicia de los tiempos las hace ocasionadas para que los enemigos de la fé las puedan torcer al propósito de su dañada intención».—Despues de esto traer á colación las preocupaciones del pobre de Fray Alonso de la Fuente, ó las genialidades del egregio Melchor Cano es harto ruin ejercicio: que hay escritores tan cuitados que con el gancho de su torcida intención andan siempre á la rebusca por los rincones; y estos no son escritores, sino traperos cosechadores de papeles viejos.

Era Fray Alonso de la Fuente hombre de pocas luces y muchas manias y preocupaciones. Él fué el descubridor de los alumbrados de Llerena en Estremadura, gavilla de clérigos mal avenidos con sus órdenes y de beatas menesterosas y nada recatadas que hacían

bandera de religión de las brutalidades de la carne. Procedió el Santo Oficio á instruir causa, y aunque los alumbrados; que no se paraban en barras; envenenaron al Inquisidor D. Francisco de Soto, no les valió su nuevo crímen y fueron condenados. Quiso por su parte Fray Alonso meter en tan sucio pleito á los jesuitas, á quienes tenía ojeriza; y lo que hizo fué correr á Lisboa y no perdonó allí paso ni papel con el Cardenal Inquisidor Alberto y el Santo Oficio de aquel reino, acusando una y otra vez á los jesuitas, ó Teatinos, que él los decía; y al P. Granada sin duda porque *in passione,* como Santa Teresa con los dominicos, estaba con ellos. Pero todo ello vino á parar en que el Consejo de la Suprema en España; á quien se remitió el asunto; impuso una reprimenda al fraile y lo recluyó al Convento de Portaceli de Sevilla, con prohibición de predicar, ni de volver á meterse en lo que para su cerebro eran muchas honduras.

Y por lo que toca al inmortal autor del tratado de *Locis Theologicis*, á Melchor Cano, al hombre á quien más debe la enseñanza teológica, ¿qué he de decir, Señores? Miserable condición la de nuestra naturaleza caida, que suele hacer veneno de la triaca. Acontece á las veces que los hombres hacen de la pasión doctrina, y entereza de entendimiento de la acedía de la voluntad. Fué Cano el Cicerón latino de España; gran sabio, maravilla en Trento, príncipe de la escolástica, celador de la buena doctrina, que avizoraba luego al punto de muy lejos el más sutil enemigo; pero recio de condición, y extremado en sus aficiones; y como nacido en Cuenca, donde Castilla parte términos con tierra aragonesa, muy dado á romper por medio en cualquier negocio. Teniendo razón contra Carranza, sus procederes volvieron celos y flaquezas de hombre lo que por acaso en un principio fué celo por la verdad. Contrario á los jesuitas, quizá por la invencible fuerza de la antipatía que radica en la oposición del carácter, no da paz á la mano; y á tuerto y derecho, y donde quiera los acomete, y no hay mal de los tiempos donde por ventura no se los imagine. De corte discursivo y austero como buen dominico, miraba con adustez y desconfianza todo arranque místico, como vecino de peligrosas imaginaciones; y sobrábale la razón; pero luego su genialidad impetuosa bueno con malo venia á barajarlo todo. Solo así pudo afirmar que en las obras del V. Padre habia doctrinas de alumbrados y otras contrarias á la fé católica. Pero *¿quid ad rem?* Ello no pasaba de opiniones de hombres que cuando más grandes permite la misericordia de Dios que en todo no acierten, porque el desengaño sea lastre contra la presunción; mas no las prohijó el Santo Oficio ni aquella egregia órden á quien Honorio III, con distinción singularísima, intituló *Orden de la Verdad.*

Yerra además quien puesta la consideración en lo presente imagina que falla en justicia sobre lo que fué. Á estos tales, aunque por modo humano y bajísimo, acontéceles lo que nuestro Fray Luis dice de los siervos de Dios, que por estar transformados en Dios en todo se les representaba Dios; que son como «el que tiene en los ojos un vidrio verde, que todas las cosas que vea le parecen verdes». Y estos no nacieron para escribir de historia, sino para novelar. Son los tiempos de guerra tiempos de celadas y asechanzas, alarmas y rebatos. Pone el soldado la victoria en el descuido de su enemigo, y así la inadvertencia es culpa y la palabra vana delito de traición y el sueño reo de muerte. Por ventura los manjares regalados que sustentan la vida y le dan brios, con la enfermedad se vuelven ponzoña, y la dieta que al sano llevaría á la muerte, cuando la calentura enciende su sangre es saludable medicina. ¿Y quién tan necio que denueste al general que delante del enemigo castigó con pena de la vida la cabezada de un soldado? Ni ¿quién tan injusto que moteje de tirano al médico porque con dieta salvó al enfermo de su peligro? Pues tiempos de guerra eran aquellos del siglo décimo

sexto para la sociedad española. Caldeado todavía el brazo por una lucha de ocho siglos contra infieles, empeñaba ahora otra sin cuartel contra las heregías; y de la suerte que en las Navas puso al trance de una batalla con su causa la de Europa, así ahora en vencer ó ser vencida escribaba que no traspusiera en el claro dia de la civilizacion el sol la cruz de Cristo, ó que las naciones mediterráneas en oscurísima noche fueran sangriento despojo de la barbarie turca y la barbarie de la protesta. Por esto contra España, como alcázar del castillo de la cristiandad, ponía el enemigo todas sus máquinas de guerra y disparaba toda su artillería; y en la medida que el embestir era más recio, y el peligro más temeroso, y la lucha más brava, en la misma crecía el alerta de los centinelas, la vigilancia de los capitanes, el celar las puertas, el avizorar los espías, el alentar al tibio, el reprimir al dudoso, y el castigar la deserción de las banderas con justicia ejemplarísima. Pudo tal vez errarse sobre la intención, y extremarse la disciplina por el recelo de la sorpresa; mas propio es de quien recela que se le hagan los dedos huéspedes; y en todo caso más batallas perdió la presunción necia que la advertencia desconfiada.

Y que no eran imaginaciones, probáronlo los sucesos. Formidable azote es la peste que viene en el aire por caminos sutilísimos, de manera que lo que es reparo y necesidad de la vida se haga tercero de la muerte. También por los aires de nuestra patria discurría la herética pestilencia; y si la maciza complexión católica de la gente española, y la eficacia de las medicinas estorbó que toda la tierra se inficionase, harto graves fueron los efectos morbosos de los casos aislados para dar que temer que á cundir el contagio, por ventura no hubiera quedado ya lugar para el remedio. Porque es cómoda doctrina ganar la vida eterna sin más aparejo que la fé, y no haber de bracear y pasar trabajos haciendo provision de buenas obras, sino antes tener carta blanca para andar suelto y retozando sin acial ni rienda por el prado de nuestras pasiones. Pues olvidarse cada cual de las obligaciones de su estado; que el nombre solo ya enoja; y hacerse del contemplativo, y andar hecho un para nada dando á la pereza de alma y cuerpo semblante de santidad; quién habrá que no se engolosine con ello y no lo tenga por el más gentil y agradable oficio que imaginarse puede?

De esta suerte no es maravilla que creciese incendio á quien daba pábulo la resina de todas las malas pasiones. A veces también comenzaba la obra la novedad y le daba cima el amor desapoderado del propio dictámen. Algunos; los menos; después de su caida todavía dieron muestras de virtudes puramente naturales; pero fuera de estos, que son contados, y singularmente en los alumbrados de todas raleas, hacían el gasto frailes huidos, herrumbre de sus conventos; clérigos zafios y carnales, monjas andariegas, beatas antojadizas y livianas que en inmundo sábado sacrilegamente abajaban los sacrosantos misterios de nuestra fe al cenagal hediondo de la más nauseabunda concupiscencia. Para estos tales, foragidos de toda ley divina y humana, ¡qué más Dios, ni más patria, ni más ley que revolcarse en el cieno de sus pocilgas? «¿Por qué el turco no vernà y ganará á España para que viva cada uno como quiera?» decía uno de ellos, el bachiller Rodrigo Vázquez. ¡Vaya una teoría trascendental, que corre parejas con la de aquellos que en nuestros dias lloran que la raza de Boabdil no reine en la Alhambra, y casi maldicen de los cristianos príncipes que libraron esta hermosa tierra de la servidumbre de la morisma. Miente el de ellos que diga que nació de madre española.

Y con esta gente de tan vil laya formaba también y no era menor riesgo; la ralea de ilusos y estigmatizados y neuróticos, y aquellos que por ir con la moda «gastaban santidad con pretales y cascabeles», según la saladísima expresión del Obispo de Bona; el cual

añadía clavando en tales embaucadores y embaucados el agudo aguijón de su ingenio, «que son hombres tentados del espíritu como otros de la carne, que se saborean y relamen de que les tengan por santos». Con otros nombres muchas de estas gentes corren por ahí muy sueltas y validas en estos tiempos; que es hierba que luego arraiga donde quiera, y no arrancándola de cuajo pronto se lloran los frutos.

Por dicha sobre aquella caterva; que á seguir cundiendo diera con nosotros en la barbarie; fulminó sus rayos la Inquisición. Dejados los combatientes á sí, tal vez apellidando religión, se habría menoscabado la justicia: la historia del Padre Granada, el suceso de Santa Teresa, el del incomparable autor de *Los Nombres de Cristo* lo demuestran. El Santo Oficio, si pudo errar, que de hombres es, y alguna vez erró, sentado en la cumbre, las pasiones sentíalas bullir en el llano. Y esta institución bienhechora y civilizadora, era popularísima en aquella España que por convicción firme, y por natural instinto de vida no quería dejar de ser católica. Cervantes, Quevedo, Calderón y tantos y tantos; todos los grandes luminares de aquel cielo; todos ponen sus firmas insignes al pié del acta de vindicación. Hasta los endechados por perseguidos, todos le aclaman y bendicen. «Qué otra cosa es el Santo Oficio» dice Fray Luis en el prodigioso sermón de *Las Caidas,* «sino muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fé, tesoro de la religión cristiana, arma contra los herejes, lumbre contra los engaños del enemigo, y toque en que se prueba la fineza de la doctrina si es falsa ó verdadera?» Y cierto, señores, que jurar á ciegas en santidad ó doctrina de hombre, por alto que él sea, más parece postración servil de fetiquistas, hoy muy al uso, que racional obsequio de cristianos. Ni se agravian santidad y doctrina porque se les ponga á experiencia, que antes es honrarlas y ponerlas donde de todos sean honradas; que no hay fuero contra la verdad; y el platero que toca la joya por ver los quilates del oro, le dá mayor precio, porque con el esmalte de aquella fianza, luego son todos á codiciarla. No yerma la tierra el labrador que la escardilla de abrojos, sino que arrancando las malas raices que le hurtan el jugo prepara la espiga más lozana. Y así fué: escardillando la Inquisición en nuestro suelo luego al punto brotaron, como en tierra empapada en las aguas de la buena doctrina, bosques de sabios más espléndidos y de más rica fronda que aquellos otros de la no hallada América que cruzaban nuestros padres en su empresa civilizadora. La teología, la filosofía, la filosofía del derecho; criada en pañales de dominicos y jesuitas españoles; la ciencia de la antigüedad griega y latina, la historia, la arqueología, las mismas ciencias físicas y naturales, aunque no por grado tan eminente; todas las ramas del arbol del humano saber, inclinábanse con la pesadumbre de tantos sazonadísimos frutos; ¡y hermoso empleo! todos se servían en la abastada mesa de la verdad. Generación gigantea de teólogos, á los mismos que vencía con la espada haciales acatar el señorío de su pensamiento; y rayaba tan alto su cultura intelectual que en sus entrañas se engendró y para él nació aquel gran teatro teológico del siglo XVII, donde eran familiarísimas y por tal popularísimas las más intrincadas cuestiones políticas, filosóficas y teológicas, que allí se trataban como quien se complace en cosa hacedera y llana, y que hoy parecen griego ó cosa peor que griego, no ya al vulgo; que entonces las alcanzaba y hoy no las alcanza; sino á los graduados y á los sabios que llevan todos los sellos y refrendatas de sabiduría imaginables. Entonces con esta posesión quieta y pacífica de la verdad andaban las ideas de autoridad y libertad por los campos de nuestra tan hermosa como desconocida ciencia política, solas y señeras sin que persona osara hacerles agravio; y sueltos y sin trabas corrían aquellos mismos libros de Mariana y Suarez que por osados y peligrosos y perturbadores de la paz pú-

blica quemaba malamente la mano del verdugo en aquella Europa despedazada por guerras sangrientas donde se entronizaba el tiránico y brutal *placet Principi* despues de diez y seis siglos de cristianismo. Y para uno y otro cierto que había razón; que si á la sanidad y recidumbre á que llegó la gente española manjares tan sólidos dábanles nuevos bríos, pero los enfermizos con tantos achaques de voluntad y entendimiento sin poder digerirlos padecieran grandísimo estrago. Ni por otra causa bajo la dominación carolina mutilábanse las más valientes páginas del libro del *Príncipe Cristiano* del famoso Padre Rivadeneira porque no ofendiesen la honestidad política cosas que en el apogeo de la Inquisición y reinando el gran Filipo eran recibidas y celebradas. Y en resolución, por hacer punto en esto; que con aquella labor y limpia del Santo Oficio rompió nuestra tierra en tantas y tan preñadas espigas de santidad, virtud, saber, heroismo y grandeza que, agavilladas en hien henchidas haces, así y todo apenas caben en las trojes de la historia.

Fernando Segundo Brieva de Salvatierra.

EL VENERABLE PADRE

FRAY LUIS DE GRANADA,

CONSIDERADO COMO FILÓSOFO.

AUNQUE ninguna obra escribió con el propósito de exponer metódicamente la ciencia que hoy se conoce con el nombre de filosofía, esparció en todos sus escritos nociones profundas y clarísimas, así de filosofía natural, como de aquella otra ciencia más encumbrada á que en su tiempo se limitaba el nombre de metafísica, á la cual Aristóteles denominó *Filosofía Primera*. La tendencia eminentemente oratoria de su ingenio y la humildad y caridad de su espíritu desviaron siempre su pluma de aquellas nociones más abstractas que solo son para entendimientos cultivados; y llevaron su elocuencia por campiñas más amenas del saber; y más al alcance de las muchedumbres, en cuya instrucción y provecho tanto se desveló Fray Luis. Mas cuando la ocasión se brindaba, ó la necesidad le estimulaba á ello; con vivas imágenes, con claridad y encanto sin igual, pintaba más bien que exponía la naturaleza y virtudes de los seres espirituales y las razones más abstractas. Semejante al sol que levanta los vapores del mar, para que se derramen después en copiosa y fecunda lluvia sobre la tierra seca, el ingenio de Fray Luis bebía en las fuentes de la filosofía aquellos áridos y abstractos conceptos, que caldeados en su viva fantasía y en su ardiente caridad vertía después abundantemente sobre los más rudos ingenios. Sus obras todas están llenas de estas maravillosas trasformaciones de las fórmulas metafísicas en frases llenas de color y relieve; mas en la *Introducción al Símbolo de la Fe* es donde más se dilata su saber filosófico y en las *Meditaciones del Memorial de la Vida Cristiana* y en la *Guía de Pecadores* donde brilla más su asombrosa facultad de iluminar con luz sensible las profundidades de la Metafísica. De ellas he de tomar algunos trozos y he de decir poco por mi cuenta; que la mejor manera de elogiarle es copiar sus propias palabras ante las cuales el elogio más cumplido palidece. Y como la cima de la filosofía está en entender que hay Dios y conocerle, aunque imperfectamente por la cortedad de nuestro entendimiento, sin error áun en lo que alcanza la luz natural por la ayuda que á esta da la luz de la fe; veamos como discurre Fray Luis acerca de los medios por donde se alcanza este elevado saber, sin confundir la semejanza con la identidad como hace el panteismo, ni poner tales abismos entre el ser de la criatura y el ser infinito que este quede inaccesible al entendimiento humano como hacen los excépticos y ponderan los ateos.

«Como haya muchos medios, dice, »(1) para venir en conocimiento del

(1) Introducción al Símbolo de la Fe. P. 1.ª Argumento.

»Universal Criador y Señor, aquí »principalmente usaremos de aquel que »el Apostol nos enseña cuando dice »que las cosas que no vemos de Dios, »se conocen por las que vemos obra»das por Él en este mundo: por las cua»les se conoce su eterno poder y la al»teza de su divinidad. Porque como los »efectos nos declaren algo de las cau»sas de do proceden, y todas las cria»turas sean efectos y obras de Dios, »ellas (cada cual en su grado) nos dan »alguna noticia de su hacedor. Por lo »cual seguiremos aquí esta manera de »filosofar, discurriendo primero por »las partes principales de este mundo »que son cielos, estrellas, y elementos, »y luego descenderemos á tratar en par»ticular de las otras criaturas, *rastrean»do por ellas la infinita sabiduría y om»nipotencia del que las crió y la bondad y »providencia con que las gobierna.*»

Todo este libro es como un desarrollo de aquel profundo pensamiento de S. Basilio: Dios ordenó todas las criaturas á manera de una escala y por ellas dióle á sus amadores subida hasta Él, y Fray Luis hace ver que esta escala de las criaturas está compuesta de peldaños encendidos por donde la mente asciende de maravilla en maravilla en el conocimiento de Dios, abrasándose cada vez más el corazón en el amor divino.

«Ayúdanos», dice hablando con Dios en ternísima meditación y tomando alientos para este conocimiento, «la »universidad de las criaturas las cua»les nos dan voces que os amemos y »nos enseñan por qué os avemos de »amar. Ca en la perfección de ellas res»plandesce vuestra hermosura, y en el »uso y servicio de ellas, el amor que »nos teneis. Y así, por todas partes nos »incitan á que os amemos, así por lo »que Vos sois en Vos, como por lo »que sois para nosotros..... Qué serán »todas estas criaturas, sino predicadoras »de su Hacedor, testigos de su nobleza, »espejos de su hermosura, anunciado»ras de su gloria, despertadoras de nues»tra pereza, estímulo de nuestro amor, »y condemnadoras de nuestra ingrati»tud? Y porque vuestras perfecciones, »Señor, eran infinitas, y no podía ha»ver una sola criatura que las repres»sentase todas, fué necesario crearse »muchas, para que así á pedazos cada »una por su parte, nos declarasse algo »dellas. Desta manera las criaturas her»mosas predican vuestra hermosura, »las fuertes vuestra fortaleza, las gran»des vuestra grandeza, las artificiosas »vuestra sabiduría, las resplandecientes »vuestra claridad, las dulces vuestra »suavidad, las bien ordenadas y provei»das vuestra maravillosa providencia.»

Aunque antes ha presentado todos los obstáculos que se oponen á alcanzar este conocimiento tomado de las criaturas, no se descorazona por ello, porque «aunque sea poquito lo que de »Vos conosceremos, pero mucho más »vale conocer un poquito de las cosas »altísimas, aunque sea con oscuridád, »que mucho de las bajas aunque sea »con mucha claridad. Si no os conos»ciéremos todo, conosceremos todo lo »que pudiéremos, y amaremos todo lo »que conosciéremos; y con esto solo »quedará nuestra ánima contenta; pues »el pajarico queda contento con lo que »lleva en el pico, aunque no pueda »agotar toda el agua de la fuente.»

Cuanto más que para este conocimiento ayuda la fe, de la cual habla en el capítulo siguiente, ponderando los beneficios que vienen al hombre de la unión en el entendimiento de estas dos luces, fe y razón.

«Porque, cuando se casa la fe con la »razón y la razón con la fe, contestan»do la una con la otra, cáusase en el »ánimo un nobilísimo conocimiento »de Dios, que es firme, cierto y evi»dente: donde la fe nos esfuerza con »su firmeza, y la razón alegra con su »claridad. La fe enseña á Dios encu»bierto con el velo de su grandeza, »mas la razón clara quita un poco de »ese velo para que se vea su hermosu»ra..... Estas dos lumbreras juntas des»hazen todas las nieblas, serenan las »conciencias, quietan los entendimien»tos, quitan las dudas, remontan los »nublados, allanan los caminos, y há-

»cennos abrazar dulcemente esta sobe»rana verdad».

Y en el capítulo 1.º de la segunda parte de esta obra muestra claramente cuán racional sea el obsequio de la fe con estas palabras:

»Mas no piense nadie que por ser las »cosas que creemos sobre toda razon, »nos movemos livianamente y sin fun»damento á creerlas. Porque muy bien »se compadece ser las cosas que cree»mos sobre razon, y ser muy confor»me á razon que las creamos, cuando »veemos la verdad dellas confirmada »con algun milagro ó cosa equivalen»te..... Porque como los milagros sean »obra de solo Dios, cuando se hazen »en testimonio de alguna verdad, Dios »es el testigo della: cuyo testimonio »es infalible».

El orden de las criaturas y su movimiento, la inclinación natural del entendimiento humano á reconocer la existencia de Dios, la hermosura y harmonía de lo criado y el órden con que las criaturas sirven al hombre, son los argumentos expuestos en estilo oratorio con que prueba que el mundo no se hizo acaso, sino por obra de la infinita Sabiduría y Providencia. Y no contento con demostrar lo mucho que debe el hombre á Dios por ser hechura suya, en el párrafo 9.º del capítulo XXXVIII de esta primera parte expone nuevos títulos de nuestro amor á Dios por la asistencia con que el Criador conserva las criaturas y concurre con ellas en sus operaciones. Como el sol «produce los rayos de la luz y él »mismo los está conservando en aque»lla claridad que les dió, de tal mane»ra que si él faltase ó cesase de produ»ducirlos, en ese punto dejarían de »ser» así «aquel Soberano Señor es »causa de todas las cosas criadas».

«Para lo cual es necesario que Él es»té dentro de todas ellas conservándo»las en su ser, no solo por su presen»cia y potencia, sino por su misma »esencia» pues «en Dios no hay distin»ción de esencia y de virtud..... porque »en aquélla altísima y simplicísima na»turaleza no puede caber algun acci»dente, porque todo lo que hay en »Dios es Dios sin mezcla ni composi»cion de otra cosa..... Y porque la cau»sa y el efecto han de estar juntos y »tocarse uno á otro, y el ser es el más »universal y más íntimo efecto de to»das las cosas (pues ninguna hay que »carezca de él), síguese que Dios está »en lo más íntimo de todas ellas, to»cando el ser que tienen y conservándolo.»

«Mas pasa aún el negocio adelante. »Porque no solo es causa conservado»ra del ser de las criaturas, sino tam»bien de todos los pasos y movimien»tos naturales que hay en ella». No debo dejar de trascribir las piadosas reflexiones qne esta consideración levanta en el afectuoso y noble corazón del P. Granada y que se hallan en el Memorial de la Vida Cristiana. «Ameos yo »tambien, Señor Dios mio, pues Vos »me conservais y sustentais en este ser »que me distes. Así como las ramas del »árbol nascen de la raiz, y ella mesma »es la que la que las conserva en el »ser que tienen; así Vos Señor mio, »sois la raiz y el principio que me dis»tes ser; y Vos mesmo sois el que me »conservais y sosteneis en él. Pues »con quién tengo yo de tener cuenta »sino con Vos? Aquellas ramas á nin»guna cosa criada tienen mayor res»pecto ni amor natural que á la raiz de »dó procedieron, y en que se conser»van en su ser y hermosura: y de todo »el mundo que viva ó muera no se les »dá nada, con tanto que esté viva y »fresca su raiz, de quien les viene to»do su bien..... La viña y la heredad »sirve no solamente al que la plantó, »sino tambien al que la cava y la riega »y assí la conserva en aquel ser que »tiene. Y pues Vos me plantastes por »vuestra mano, quando me criastes, y »Vos me conservais en este ser con la»bor y riego de vuestra providencia; »por qué ha de esquilmar otro la fruta »de esta heredad, sino Vos? Yo soy »vuestra heredad y Vos sois mi here»dero y mi Señor. A Vos sirvan todas »las plantas de esta heredad, que son »las potencias de mi ánima: á Vos las

»flores que son todos sus buenos deseos: »á Vos los frutos que son todas mis pa»labras y obras, con lo demás. Mis ojos »os bendigan, mi lengua os alabe, mis »manos os sirvan, mis pies anden por »el camino de vuestros mandamientos, »mis entrañas se derritan en vuestro »amor, mi memoria nunca os olvide, »mi entendimiento siempre os con»temple, mi voluntad en Vos solo se »deleyte y se gloríe. Este es el esquil»mo y fructo de esta heredad. Cercad»la, Dios mio, con un muro de fuego; »cerrad todos los portillos de ella, pa»ra que nadie os la pueda entrar. Con»júroos y requiéroos, todas las criatu»ras del mundo, con la virtud y obe»diencia deste commun Señor, que no »toqueis en cosa desta heredad. Todo »Señor sea vuestro; todo se emplee en »vuestro servicio. Mueran todas las »criaturas á este amor y yo muera á »todas ellas» (1) ¡Qué arranque tan noble y generoso y cuán claramente presenta el P. Granada las razones de tan justo desprendimiento de todo lo criado y total entrega del corazón humano á Dios!

Y para que no se crea que de esta íntima unión de Dios con el hombre y con todas las cosas sufre menoscabo la infinidad de Dios ni se amancilla la pureza y simplicidad sumas, contempla en el párrafo X del cap. ya citado, de la Introducción al Símbolo de la Fe, la desproporción de todo conocimiento criado con alguna perfección del Ser infinito; del cual pasaje son las cláusulas siguientes:

«Entendida la infinita distancia y di»ferencia que hay del poder del Cria»dor á todo otro poder criado, enten»deremos lo que hay del ser criado al »Ser del Criador. Y conforme á esto deci»mos, que aquella altíssima substancia »dista infinitamente de toda otra subs»tancia: la cual tiene otra manera de »ser, y de poder, y de grandeza, y de »sabiduría, y de hermosura, y de otras »infinitas perfecciones, que ningun en»tendimiento criado puede comprehen»der. Y por esto, para conocer algo de »Él, avemos de dejar debajo de nues»tros piés todas las criaturas del cielo »y de la tierra y pasar de vuelo sobre »todo lo que se puede sentir y imagi»nar y entender, para llegar en alguna »manera á aquella substancia que so»brepuja todos los sentidos y entendi»mientos y se diferencia y aventaja in»finitamente de todo lo al: la cual ni »tiene figura, ni cantidad, ni cualidad, »ni otro algun accidente, ni admite »composicion ni mudanza, ni siente »por algun sentido corporal ni por al»guno dellos puede ser sentida, ni tie»ne necesidad de lumbre ni esta sub»jecto á alguna division ó diminucion, »ni es ánima ni potencia del ánima, ni »cuerpo, ni forma de cuerpo, ni puede »dejar de ser ni ser más de lo que es, »porque en Él está todo el ser, ni es ra»zon, ni inteligencia de la manera que »nosotros podemos entender, aunque »es otra manera de razon y de inteli»gencia y de vida; ni es grande ni bue»no ni sabio ni poderoso ni hermoso »de la manera que nosotros imagina»mos, porque Él es de otra muy dife»rente manera grande y bueno y pode»roso y hermoso y sabio.»

Despues de sentar con San Dionisio y con Platón que á Dios se ha de llamar «sobre bueno, sobre poderoso, sobre hermoso, sobre sabio, dando á entender por esta manera de hablar la supereminencia y ventaja de las perfecciones divinas á todo lo que nuestro entendimiento puede alcanzar», dice: «Considerado esto el ánima religiosa, y »viendo que ningun título ni nombre »ni atributo, ni alabanza llega á expli»car lo que Dios merece, y todas las »perfecciones y alabanzas de hombres »y Ángeles quedan infinitamente bajas »para explicar lo que Él es, desiste ya »destos nombres y entiende que le que»da su inmenso piélago y abismo de »grandezas incomprensibles en que en»trar, y assí se queda en un sancto si»lencio y espanto de tamaña grandeza: »y con esto no entendiendo, entiende, »y no conociendo, conoce, porque co-

(1) Memorial de la Vida Cristiana.—Consideración 5.ª de las perfecciones divinas.

»noce ser este Señor incomprehensible »y inefable.» Y comentando la sentencia de San Dionisio: que veneremos este gran secreto de la soberana Deidad con un casto silencio, explica este casto silencio diciendo que es «el que despide »de sí toda curiosidad de entendimien»to, y queda en un pasmo y admira»cion de tan grande majestad, que le »ata la lengua y el entendimiento, y lo »deja como sumido en el piélago y »abysmo de esta grandeza, donde no »se halla suelo: y entonces canta con »el Profeta (Psalmo 64): *A Ti calla el »alabanza, Dios, en Sion.*

Las semejanzas de que se vale para conocer por vía de analogía invisible y espiritual en lo sensible, muchas veces están tomadas de la naturaleza estudiada en las obras de los naturalistas y anatomistas más afamados, y observadas por él mismo con investigación diligente y con mirada enamorada de las maravillas de la creación. Como estaba dotado de entendimiento tan flexible, de corazón tan tierno y generoso y de imaginación tan viva, donde quiera que pone su vista, todo se anima ó por mejor decir todo luce las perfecciones que contiene, aunque las albergue en lo más recóndito de su ser. Y no se sabe qué admirar más; si el realce que dá á los seres inferiores pintando sus virtudes y habilidades por comparación con otras más excelentes de seres superiores ó la claridad con que habla de las sustancias espirituales valiéndose de imágenes tomadas de los seres corpóreos.

Otras veces toma las semejanzas y conveniencias con que ilumina su elocuencia de las mismas obras del arte, en las cuales se muestra muy versado áun en las recien nacidas; y es mucha la propiedad con que habla de ellas. No puedo copiar pasajes que confirmen estas afirmaciones, porque falta ya espacio; pero el lector curioso (y pluguiese á Dios que lo fuesen todos los hombres, de conocer este portento de saber y de elocuencia y de él aprender la hermosura de nuestra creencia católica) puede consultar el tratado séptimo del *Memorial,* que versa acerca del *amor de Dios* y allí en la primera oración de las perfecciones divinas verá como valiéndose del arte de la imprenta, expone la teoría de las ideas, ó formas ejemplares de las cosas, únicas que en lenguaje escolástico castizo llevan tal nombre. El Sr. Menéndez Pelayo dice de este pasaje que en él, se halla expresada esta teoría platónico-agustiniana no menos bellamente en la lengua de Castilla que en la de Atenas, aunque modificada conforme al sentir de San Agustin y Santo Tomás. (1)

Mas algunos dirán que faltan en las obras filosóficas del ilustre granadino conceptos nuevos y originales. Grave tacha para quien crea que la ciencia se alimenta de peregrinas y aventuradas invenciones; mas para quien confiesa que la verdad no es más que una y al filósofo solo toca buscarla cuando no ha sido hallada; y cuando ha iluminado ya los horizontes de la ciencia solo le queda volver á ella los ojos y contemplar su hermosura y rendirla vasallaje y emplear las fuerzas de su ingenio en aclararla y acrecentarla y exornarla con nuevos primores, no hay tal falta ni tal mengua en los escritos del V. P. Granada. Antes la mengua es de estos tiempos en que impera el liviano amor á lo que es nuevo solo por serlo, y por ello, se trueca la verdad, asiento del orden y manantial de dicha.

Santo Tomás, á quien sigue en filosofía y teología nuestro Fray Luis, ha dicho la última palabra en muchos puntos filosóficos, á los ingenios católicos solo les queda el trabajo de penetrar bien su doctrina, aclararla y ampliarla, Fray Luis la dominó hasta el punto de hacerla visible, como si se tratase de asuntos más accesibles á la mente humana, la amplió y la hermoseó uniéndola con las enseñanzas de otros doctores y fundiendo las teorías especulativas con la filosofía de amor; y lo que es más; quédanse muy atrás los escritores de hoy comparados con Fray Luis

(1) Historia de las Ideas Estéticas en España, tomo 2.º v. 1.º pág. 155.

en entender la verdadera mente del Dr. Angélico, acerca de una materia muy controvertida hoy aún entre filósofos escolásticos. Me refiero á la teoría de la belleza; pero este es asunto que requiere ser tratado más despacio y en este escrito solo ha sido mi intento ofrecer al Venerable Fray Luis una corona de piedras preciosas por él mismo fabricadas. Por tales tengo los párrafos aducidos, los cuales como fruto de su ingenio son su mejor alabanza.

Joaquín M.ª de los Reyes García.

FRAY LUIS DE GRANADA

ORADOR PERFECTO.

Si la palabra, como dice un eminente orador de nuestros dias (1), es el poder más grande que existe sobre la tierra, porque es el que ejerce mayor influencia en el hombre, en la familia y en la sociedad, es indudable que el arte de la palabra, ó sea la poderosa facultad de la elocuencia, no se concedió al hombre sino para fines muy elevados, y por lo tanto que el orador favorecido por la Providencia con un don tan excelente y honroso, necesita ser instrumento digno de su noble oficio y benéfica misión.

Esta excelencia y dignidad no se ocultaron á los sabios del gentilismo, que iluminados por la luz natural y por el crepúsculo del Evangelio que se aproximaba, profirieron sentencias dignas de ser alegadas contra los racionalistas é incrédulos de nuestra edad. En la antigua Grecia Menandro dijo que las buenas costumbres del orador persuaden más que sus palabras, y Plutarco que una ciudad se gobierna juntamente con la vida y con los discursos de sus oradores. Aún más explícitamente la sabiduría romana por boca de Catón definió admirablemente al orador *varón bueno y diestro en hablar;* M. Tulio Cicerón advirtió que cuanto mayor sea el vigor de la elocuencia *(vis dicendi)* más necesita ir acompañada de la probidad y la discreción; por lo cual si permitiésemos perorar al que carece de tales virtudes, no lo haríamos orador, sino daríamos armas á un furioso; nuestro célebre filósofo L. Anneo Séneca, escribiendo á Lucilo, decía: «haz elección de tal maestro que más te admires al verle que al oirle;» y nuestro gran preceptista M. Fabio Quintiliano enseñó que el orador para ser perfecto debe estar adornado de toda virtud.

Es cierto que el mundo pagano jamás realizó un ideal tan bello, porque sumido en torpes vicios y crasos errores, no supo conformar su vida con sus palabras, ni sus oradores pudieron inspirar á otros la belleza moral de que carecían. Y aunque en él brillaron varones tan elocuentes como Demóstenes y Tulio, y filósofos tan profundos como Platón y Aristótételes, ni la verdadera sabiduría ni la verdadera elocuencia aparecieron entre los hombres hasta que conversó con ellos el Verbo de la verdad y los iluminó el Sol de la justicia.

En pueblos tan corrompidos y enervados como lo estuvieron Grecia y Roma en los tiempos de Demóstenes y de Cicerón, ni la elocuencia pudo desplegar su maravilloso poder y eficacia, ni aquellos varones eminentes, aunque dotados de grande facundia natural y artificial, contagiados con los vicios de sus compatriotas, lograron merecer el nombre de oradores perfectos. Así lo reconoce nuestro Quintiliano, que despues de excusar los defectos de aquellos oradores, dice resueltamente: «Y si estos varones carecieron de una bondad perfecta de vida, responderé á los que preguntan si fueron oradores..... que fueron hombres grandes y dignos de respeto; pero que no llegaron á conseguir lo que la naturaleza del hombre tiene por más excelente.»—Y aunque hace grandes esfuerzos para disculpar al príncipe de la elocuencia romana de los defectos morales que se le atribuían, sin embargo, afirma en obsequio de la

(1) El R. P. Félix, S. J. en su discurso *La Palabra y el Libro.*

verdad que Cicerón no llegó á la perfección que él mismo anhelaba, y que le faltó aquel complemento que debe tener un orador consumado y al cual se acercó más que otro alguno. Por lo cual él buscaba el mismo orador que Cicerón solo había logrado encontrar en su imaginación é idea, y creía que podía hallarse en los siglos venideros.

Esta noble aspiración y esperanza generosa de un español, que aunque pagano, escribía ya en la plenitud de los tiempos y á los resplandores del Evangelio, se realizaron cumplidamente cuando renovándose la naturaleza humana por los milagros de la gracia, pudieron reunirse en una persona las tres grandes perfecciones de la verdad, la virtud y la elocuencia. Lo que el mundo gentil no logró realizar con todos los recursos de la naturaleza y del arte, lo consiguió el cristianismo con su virtud sobrenatural. Ayudada de la gracia divina, la palabra humana desarrolló todo su poderío y virtud para enseñar á los hombres la ciencia de la salvación, y el mundo resucitado á la vida del espíritu se transformó prodigiosamente á la voz de los Apostoles y Evangelistas enviados por el Verbo encarnado para predicar la buena nueva y anunciar á los pueblos que se acercaba el reino de Dios.

Restablecida, pues, por el cristianismo la justa y natural alianza de la elocuencia con la verdad y la virtud, la realidad sucedió á la utopia y aparecieron en el mundo legiones enteras de predicadores perfectos que reuniendo la razon y la santidad al bien decir, realizaron la generosa aspiración de los Catones y Quintinianos y arrebataron los espíritus con el maravilloso encanto de una palabra inaudita y avasalladora. Orador perfecto fué S. Pablo, el Apostol de las gentes, aunque anunciando la verdad evangélica, no la predicó con doctas y persuasivas palabras de humana sabiduría, sino con doctrina de espíritu. Oradores perfectos fueron asímismo, aunque con mayor participación de conocimientos humanos y medios artísticos, en el Oriente San Dionisio el Areopagita, San Juan Crisóstomo, S. Basilio y San Gregorio Nacianzeno; en el Occidente San Gregorio, San Ambrosio, San Agustín, San Bernardo y otros millares que predicando con la palabra y con el ejemplo, brillaron juntamente por la santidad de su vida, la verdad de sus razones y la elocuencia de sus frases.

Y entre las demás naciones cristianas, España que por efecto de su espíritu superiormente católico llegó á notoria excelencia en todo genero de ciencias, letras y artes, no solamente produjo un número considerable de oradores y escritores perfectos como los Alcántaras, Villanuevas, Avilas, Estellas, Puentes, Rodriguez, Lobos y Leones, sino que por medio de Santo Domingo de Guzmán instituyó una órden entera de predicadores, que luchando desde el siglo XIII hasta nuestros dias en pró de la verdad y del bien, ha llenado la Europa y el mundo de oradores ilustres.

Esta ínclita órden dió á nuestra patria, entre otros que seria largo referir, dos oradores tan perfectos y portentosos por su piedad y su elocuencia, como lo fueron en el siglo XIV San Vicente Ferrer y en el XVI el venerable Fray Luis de Granada, honra y gloria de esta ciudad, de España y de la Iglesia Católica, que van á festejar el tercer centenar de su feliz tránsito.

Para celebrar dignamente al venerable granadino nos bastaría decir que siguió muy de cerca las huellas del santo valenciano, pareciéndole mucho en la santidad de su vida, en el celo por la gloria de Dios y salud de las almas, en el fervor de su elocuencia y en el prodigioso fruto de su predicación. Pero baste á nuestro objeto demostrar brevemente que Fray Luis de Granada realizó cumplidamente en la lengua y oratoria de nuestro país el ideal de un orador perfecto soñado por nuestro ilustre preceptista Quintiniano: un orador dotado por la naturaleza del ingenio necesario y educado desde su infancia en todas las artes y ejercicios

que ayudan á la elocuencia, un orador verdaderamente sabio y consumado en toda facultad de decir; pero que sobre todo fuera hombre de bien, un hombre templado, frugal y honesto, un espíritu recto, discreto y juicioso, un alma exenta totalmente de las malas pasiones y apetitos desenfrenados que distraen la atención, perturban la inteligencia y esclavizan el humano albedrío.

Fray Luis de Granada reunió con creces todos estos requisitos y superó largamente á los más egregios oradores de la antigüedad clásica: en educación moral y literaria como criado en las famosas escuelas de los frailes dominicos y aleccionado por el insigne maestro Juan de Ávila, apostol de Andalucía; en filosofía como discípulo del Doctor Angélico; en todo linaje de sabiduría divina y humana como adoctrinado por el estudio de los antiguos retóricos y filósofos y más todavía por las Letras Sagradas y Padres de la Iglesia; en probidad como que sobresalió en todo género de virtudes; en noble libertad de espíritu como desapegado de toda afición é intereses mundanos; en rectitud de intención, porque libre de la ambición de Demóstenes, de la vanidad de Cicerón y del amor á la propia alabanza *(amor laudis)* encomiado por el maestro de Calahorra, supo menospreciar su propio mérito y dirigir todos sus conatos á la mayor gloria de Dios y bien de las almas; en elocuencia, porque la suya salió (según cierto sabio) de la fuente divina y no de los manantiales clásicos; y finalmente en el espacio de vida necesario para prodigar los saludables frutos de su preclaro ingenio. Porque si, como sospechó Quintiliano, el padre de la elocuencia latina no tuvo tiempo bastante para lograr toda la perfección de su talento oratorio, la Providencia lo concedió muy cumplido á nuestro Fray Luis, como á quien había de usar más provechosamente de aquel divino don de la elocuencia.

Fray Luis de Granada fué superior á todos los oradores de la antigüedad en los tres oficios del orador: en enseñar, como que amaestrado en toda ciencia y doctrina útil y dotado de inmenso saber, con la palabra y con el libro enseñó á las muchedumbres presentes y venideras la ciencia de las ciencias, la imitación de Cristo y el logro dichoso de nuestro último fin; en deleitar porque su elocuencia, ascética y mística en el fondo, presenta en la forma todas las perfecciones oratorias y según la doctrina de Quintiliano, se extiende por todos los dominios y límites del bien decir; en mover, por la prodigiosa eficacia de su predicación y de sus escritos, que muchos tuvieron por milagrosa y divina.

Su elocuencia, ya sublime, ya amena y florida, pero siempre propia, clara y enérgica, compitiendo con los mejores modelos de todas las edades, reune la amplitud y elegancia de Cicerón con la naturalidad y vigor de Demóstenes; elevando la prosa hasta las alturas de la poesía, rivaliza con Cervantes en la riqueza del lenguaje y con Calderón de la Barca en formar con la hermosura de las cosas criadas himnos de alabanza al Criador; y finalmente, realzando las luces de la filosofía con los esplendores de la teología, compite con San Juan de la Cruz y Santa Teresa en la sublimidad de sus vuelos místicos y con San Agustín y San Bernardo en descorrer las cortinas del cielo y pintar las inefables bellezas del orden sobrenatural. Por cuyas altas cualidades y excelencias contribuyó considerablemente al enriquecimiento, majestad, pureza y perfección de nuestro romance castellano.

Pues en cuanto á persuadir y mover los ánimos, que es el fruto principal de la oratoria, cuanto en este punto se admira en los antiguos oradores clásicos, todo parece pálido y frio y rastrero ante la religiosa unción y atractivo celestial de nuestro orador granadino, que atraía y cautivaba á todo linaje de personas, grandes y pequeñas, sabios é indoctos, que movía los corazones más duros, de quien dijo un sabio español, que así como Santo Tomás había ve-

nido al mundo para alumbrar los entendimientos de los hombres, Fray Luis había venido para encender las voluntades, y un crítico francés de nuestros días dice que Granada es acaso, entre todos los predicadores aquel cuyos sermones conservan en la lectura la mayor parte del fuego que los animaba en el púlpito.

A diferencia pues, de aquellos famosos oradores del paganismo, incrédulos, egoistas, viciosos y más amadores de su propia gloria que de la divina, Fray Luis de Granada concibió y llevó á cabo felizmente el ideal de la verdadera elocuencia sagrada, realizándolo en sus obras y en sus palabras, en sus obras de celo y caridad y en los frutos de su fecundo ingenio, donde aprovechó todo lo bueno de los antiguos modelos y preceptistas y añadió lo que estos no habían imaginado siquiera.

Más dichoso que Quintiliano, que al designar las condiciones necesarias á un orador perfecto, solo esperó hallarlas en lo incierto del porvenir, Fray Luis de Granada, al escribir la Vida del Venerable Maestro Juan de Avila, tomó por asunto la formación de un predicador consumado, y discurriendo por las partes y virtudes que ha de tener el que merece tal nombre, probó que todas y en grado eminente habían concurrido en aquel apostólico varón.

Para este mismo fin dió las reglas convenientes en su *Rhetorica Eclesiástica,* donde superó las *Instituciones oratorias* de Fabio cuanto la oratoria sagrada supera á la profana, el espíritu á la materia y la inspiración al arte.

Bien persuadido (según lo escribe en su dedicatoria á la Universidad de Évora, madre de virtudes y letras) de que «en el piadoso ejercicio de la divina palabra está puesta gran parte de la salud humana», encarece la gran dignidad aneja al oficio de predicador, cuyo ministerio es aprovecharse á sí mismo y á los prójimos, y su fin la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Para ello exige en el orador sagrado gran pureza y rectitud de intención, una vida ejemplar, una caridad ardiente, mucha circunspección y prudencia, continuo ejercicio de oración y meditación y gran fervor de espíritu.

Y aunque le recomienda mucho las reglas retóricas y el estudio de las materias que ha de predicar, quiere que acuda principalmente á la inspiración divina impetrada por medio de la oración y la virtud.

Esto enseñó Fray Luis de Granada y esto practicó perfectamente durante la mayor parte de su vida, escribiendo y predicando sus admirables sermones de quienes dicen dos autores imparciales que reunen á la fuerza de la razón el vigor de la elocuencia y que ofrecen los más bellos modelos de oratoria sagrada que ha producido el idioma castellano.

Francisco J. Simonet.

SOBRE LA VERSION CASTELLANA

DEL «CONTEMPTUS MUNDI»

POR

FRAY LUIS DE GRANADA.

Para demostrar y poner de relieve la excelencia de la traducción del *Contemptus Mundi,* atribuido á Kempis, bastaría citar al acaso cualquiera de sus capítulos. Yo por mí puedo asegurar, que al leerla quedé como extasiado, sin ser dueño de mí para dejarla de las manos, contemplando aquellos capítulos, donde la profundidad del pensamiento sobre las verdades eternas, que son el fondo de la obra más grande producída por el entendimiento humano, movido é inspirado por la gracia de Dios, hallaba fidelísimo intérprete. El cual sabía revestirlas con el magnífico y esplendoroso ropaje de la lengua castellana, hablada y escrita y perfeccionada por el Cicerón Español, dueño y señor absoluto de su maravillosa pompa y atavío.

Mas luego que tuve por cosa cierta y averiguada que esta traducción (como la conocieron y disfrutaron nuestros mayores) supera á cuantas existen publicadas en casi la totalidad de las

lenguas, puesto que tienen tan prodigioso libro hasta pueblos donde apenas penetró alguna lumbre del Evangelio; y al contemplar que, sin embargo de esto, ninguno de los *Kempis castellanos,* que en gran abundancia hoy circulan (si bien no con toda la que el Libro merece; y los fieles han menester) es la versión del R. P. Granada, excedió á toda ponderación mi lástima y pesadumbre. Pero lo que más me contristó, y causó mayor asombro y desagrado fué el leer en las portadas de las últimas ediciones, precisamente ahora las más vulgares, que estando *anticuadas* las que antes se usaban (que no es por cierto la de nuestro Venerable Místico ya completamente ignorada, sino la del P. Nieremberg, tambien clásica; pero que dista mucho de aquella por donde quiera que se la mire) era preciso variar su *estilo* y *lenguaje* por los corrientes del dia. ¡Válgame Dios, qué confesión tan vergonzosa y tan sin fundamento! Hoy más que nunca urge formar el corazón y el habla de las madres de familia, y de las personas piadosas con el vivificador lenguaje del P. Granada; hoy que pérfidas novelas, diluidas en folletines de periódicos y traducidas al vuelo á un idioma descoyuntado y bárbaro estragan las costumbres y llevan al hogar doméstico la más espontánea perversión moral, salpicándole la sangre y lágrimas á cada hora. Hablen nuestras damas aquella lengua que el mundo proclamó como la única para hablar con Dios. Amamanten en ella y juntamente en las eternas verdades á sus hijos; y llegarán pronto á formar una sociedad de hombres, realmente civilizados y dignos, en vez de un embrutecido pueblo de fieras. Olviden esa jerga franca, resultado de aprender al oido en la niñez varios idiomas extraños, sin estudiar ni conocer jamás á fondo el idioma de sus mayores; y dejarán de ser en la sociedad caricaturas ridículas de personajes extranjeros, y aparecerán ostentando en todo su vigor la ingénita dignidad, el amable decoro y nobleza, característica de los españoles.

Áun cuando un siglo más antigua que la traducción del P. Nieremberg la del V. Fray Luis de Granada, y anterior en tres á la del P. Magin Ferrer (que son las de más uso), la del escritor granadino, como de nuestro siglo de oro, es más castiza, mucho más clara y elegante, y sin ningún resabio así de afectación culterana como de incorrección, trivialidad y oscuridad modernas. Díganlo estos trechos que voy á trascribir, donde con solo variar la forma de muy pocas palabras, como por ejemplo *ahora* en vez de *agora,* y con frecuencia sin ninguna mutación, se desliza el discurso como raudal cristiano entre márgenes de claveles y rosas. Helos aquí.

«Habla, Señor, que tu siervo oye: Yo soy tu siervo, dame entendimiento para que sepa tus verdades. Inclina mi corazón á las palabras de tu boca. Corra mi habla así como roscío. Decían en el tiempo pasado los hijos de Israel á Moisés: háblanos tú y oirte hemos: no nos hable el Señor porque quizá moriremos.»

«Yo, Señor, no te ruego así; mas con »el Profeta Samuel, con humilde deseo »te ruplico: Habla, Señor, que tu sier»vo oye. No me hable Moisés, ni nin»guno de los Profetas, mas háblame tú, »Señor, lumbre de todos los Profetas, »que tú solo sin ellos me puedes en»señar perfectamente; ellos sin tí nin»guna cosa aprovechan: pueden pro»nunciar palabras, mas no dan espíri»tu. Muy hermosamente dicen, mas ca»llando tú, no encienden el corazon: »Enseñan letras, mas tú abres el senti»do. Dicen misterios, mas tú declaras »el entendimiento de los secretos: pro»nuncian mandamientos, mas tú ayu»das á cumplirlos. Muestran el cami»no, mas tú das esfuerzo para andarlo: »de fuera obran solamente, mas tú ins»tituyes y alumbras los corazones: De »fuera riegan, mas tú das la fertilidad: »ellos llaman con palabras, mas tú das »el entendimiento al oido.»

«Pues no me hable Moisés, mas tú »Señor mio, eterna sabiduría, porque no »muera y quede sin fruto. Señor, si fue-

»re amonestado, y solamente oyere de »fuera, y no fuere encendido de den»tro, plega á tí, que no me sea conde»nación la palabra oida, y no obrada; »conocida y no amada; creida, y no »guardada. Habla, pues, tú, Señor, que »tu siervo oye, pues que ciertamente »tienes palabras de vida eterna. Hábla»me de cualquier manera, para conso»lacion de mi ánima, y para enmienda »de mi vida, y para perpétua gloria y »honra tuya.» (1)

Y hablando contra las ciencias vanas puestas á la Mística y Divina dice: (2)

«Hijo, no te muevan los hermosos y »sutiles dichos de los hombres: *porque »no está el reino de Dios en palabras, sino »en virtud.* Míra mis palabras, que en»cienden los corazones, y alumbran las »ánimas, provocan á contrición, y traen »muchas consolaciones. Nunca leas co»sa para mostrarte más letrado; mas es»tudia en mortificar los vicios: porque »más te aprovechará, que saber muchas »cuestiones dificultosas. Cuando hubie»res acabado de leer y saber muchas co»sas, á un principio te conviene venir.

«Yo soy el que enseño al hombre la »ciencia, y doy más claro entendimien»to á los pequeños, que ningún hom»bre puede enseñar. Al que yo hablo, »luego es sabio, y aprovecha en el es»píritu. ¡Ay de aquellos que quieren »aprender de los hombres curiosida»des, y muy poco curan del camino »de servir á Dios! Tiempo vendrá, «cuando parecerá el Maestro de los »Maestros, Cristo Señor de todos los »Angeles, á oir las lecciones de todos, »que será examinar las conciencias to»das. Y serán descubiertos los secretos »de las tinieblas, y callarán los argu»mentos de las lenguas».

«Yo soy el que levanto en un punto »el humilde entendimiento, para que en»tienda más razones de la verdad eter»na, que si hubiese estudiado quince »años. Yo enseño sin ruido de pala»bras, sin confusion de pareceres, sin »fausto de honra, sin combate de argu»mentos. Yo soy el que enseño á des»preciar lo terreno, y aborrecer lo pre»sente, y buscar y saber lo eterno, y »poner toda esperanza en mí, huir las »honras, sufrir los estorvos, y fuera de »mí no codiciar nada, y amarme á mí »sobre todas las cosas con fervor. Por»que vino amándome entrañablemente »aprendió cosas Divinas, y hablaba ma»ravillas. Y más aprovechó con dejar »todas las cosas que con estudiar suti»lezas.»

«A unos hablo cosas comunes; á otros »especiales; á algunos revelo misterios »con mucha lumbre. Una cosa dicen los »libros; mas no enseñan igualmente á »todos. Porque yo soy interior Doctor »de la verdad, escudriñador de corazo»nes, conocedor de pensamientos, y mo»vedor de las obras. Reparto á cada uno »según juzgo ser digno.»

¡Ojala este humilde prólogo mío despierte en los corazones ardiente anhelo por conocer, estudiar y aprovechar las sabrosísimas y bienhechoras obras místicas de Fray Luis de Granada! Ojalá llegue á empeñarlos á conocer las virtudes sin cuento de varón tan admirable! Aquel desvivirse por la salvación de las almas; aquel atesorar cuantas maximas, consejos y consuelos esparció en todo siglo la sabiduría humana; aquella caridad para sus detractores y envidiosos; aquel desasosiego por enjugar las lágrimas y socorrer la miseria de los pobres; aquel tener fijos siempre los ojos en Dios, y en el fin para que el hombre fué criado: ¡Ojalá, renaciendo la afición á leer en Fray Luis de Granada, los distraidos, viciosos y descaminados hombres hoy siervos miserables del mundo, no vuelvan á tener los libros de piedad y devoción por *moneda que no corre,* sino por medicina eficacísima que nos vivifica y regenera y conforta; y por amigos los más desinteresados y generosos; y por llave de oro que abriendo para nuestra alma la paz en la tierra, nos franquee la eterna felicidad de los cielos.

Manuel de Cueto y Rivero. Pro.

(1) Trat. III, art. III.
(2) Trat. III, cap. 48.

BIBLIOGRAFÍA.

(Se dará cuenta en esta sección de los libros y publicaciones que se reciban con destino á la Biblioteca del CENTRO, haciéndose el juicio crítico de los que recibamos dos ejemplares y que por su importancia lo merezcan.)

EL TERCER CENTENARIO DEL V. P. MAESTRO FRAY LUIS DE GRANADA. Relación de su vida, sus escritos y sus predicaciones por *Eduardo Caro*.—Madrid, 1888.

Este interesante y erudito trabajo forma un bonito folleto de 32 páginas del que se ha hecho una estensa tirada, que el autor ha regalado á muchas personas.

NOTAS DIVERSAS.

En conmemoración del III centenario de la muerte de Fray Luis de Granada, y recordando y rindiendo tributo á las aficiones musicales del insigne dominico, de que nos da cuenta su biógrafo Muñoz, el CENTRO ARTÍSTICO celebrará esta noche una solemne sesión literario-musical, en la que tomarán parte distinguidos artistas y literatos, actuando por primera vez ante el público el Orfeón que en esta Sociedad ha creado y dirige el reputado maestro compositor D. Aureliano del Pino.

El programa de esta solemnidad es el siguiente:

PRIMERA PARTE.

1.º HIMNO Á FR. LUIS.—Letra del *P. Francisco Jiménez Campaña*, música del Maestro *C. Vila*, por el Orfeón acompañado de sexteto.

2.º LECTURA de la Biografía de Fr. Luis, inserta en este BOLETÍN, por el Presidente del CENTRO ARTÍSTICO Don Leopoldo Eguilaz.

3.º *a*. ARIA. *Bach*.—*b*. GAVOTTE. *Popper*. Para violoncello y piano, por los Sres, D. Alejandro Ruiz de Tejada y D. Emilio Vidal.

4.º SEGUNDA PALABRA. *Haydn*.—Por el cuarteto dirigido por el Maestro Don Miguel Rivero, Director de la Sección de Música de esta Sociedad.

SEGUNDA PARTE.

1.º PIETÁ SIGNORE. *Stradella*.—Por el Orfeón dirigido por D. Aureliano del Pino.

2.º LECTURA de varios trozos de las obras de Fray Luis, por el socio Don Francisco J. Cobos.

3.º *a*. ROMANZA. *A. Brull*.—*b*. TARANTELLA. *Fischex*.—Para violoncello y piano, por los Sres. Ruiz de Tejada y Vidal.

La sesión la presidirá el busto de Fr. Luis, ejecutado para el CENTRO por nuestro consocio el distinguido escultor D. Francisco Morales.

En el concurso convocado por el Ayuntamiento de esta Ciudad para premiar la mejor y más completa *monografía* de noticias, datos aislados, documentos y demás antecedentes relacionados con Fray Luis de Granada, se han presentado tres trabajos cuyos lemas son los siguientes:

1.º «La Religión angel tutelar del genio.»

2.º «.....si ingenium ac scripta celebrare velim tempus citius quam oratio deficiet.—A. Scoto, *Bib. Hispana*, VII.»

3.º «Las órdenes religiosas son los aranjueces del cielo.»

El Jurado compuesto de los señores D. Aureliano Ruiz, *Presidente*, D. Fernando Brieva, D. Manuel Garrido, Don José España y D. José Rubio Rada, *Secretario*, ha propuesto para que se le adjudique el premio, al segundo trabajo, del que es autor D. Eloy Señan Alonso, profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universad de Granada.

Hoy se celebrarán solemnes honras fúnebres en la iglesia del ex-convento de Santo Domingo por el alma del venerable P. M. Fray Luis de Granada. hijo preclaro de dicha iglesia, donde profesó.

La oración fúnebre estará á cargo del canónigo Lectoral de esta Catedral D. Maximino Fz. del Rincón y Soto.

Concluidas las honras se descubrirá solemnemente la lápida comemorativa del Centenario, colocada en el vestíbulo del referido ex-convento.

El texto de la inscripción, dice así:

A LA MEMORIA DEL VENERABLE DOMINICO,
DEL SABIO MAESTRO Y ELEGANTÍSIMO ESCRITOR
FRAY LUIS DE GRANADA,
HONOR INSIGNE DE SU PATRIA, QUE VIVIÓ EN ESTE
CONVENTO Y MURIÓ EN LISBOA EL 31 DE DICIEMBRE
DE 1588.
EN EL TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE,
EL AYUNTAMIENTO DE ESTA CIUDAD.

En el concurso de bocetos para la estátua de Fray Luis de Granada, convocado por el Ayuntamiento granadino se han presentado cinco, que llevan estos lemas:

1.º «Loor al Genio».
2.º «Vel lectus corda inflamat».
3.º «Meditando.»
4.º «Dios nos ilumine.»
5.º «No importa saber como se llega al cielo, basta saber como se gana.»

El Jurado compuesto de los Señores D. Fernando Brieva Salvatierra, *Presidente,* D. Aureliano Ruiz, D. Manuel Gómez Moreno, D. Eduardo García Guerra y D. Valentín Barrecheguren Santaló, *Secretario,* ha propuesto por mayoría de votos, que se adjudique el premio, al que ocupa el cuarto lugar, del que es autor el notable artista de esta ciudad nuestro consocio D. Francisco Morales.

De los cuatro bocetos no premiados, merece tambien citarse por su belleza y mérito extraordinarios, el del lema «Vel lectus corda inflamat.»

Mañana tendrá lugar en la Universidad una solemne sesión en honor de Fray Luis de Granada.

En ella leerá nuestro consocio el ilustre catedrático de Historia de España D. Fernando Brieva, un discurso crítico de la vida y obras de Fray Luis.

Tambien hablará el Excmo. Sr. Rector y se tocarán escogidas piezas de música clásica de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX por un sexteto dirigido por el Maestro Vila, cantándose además, á ruego del Claustro universitario, un Himno á Fray Luis por el Orfeón del Centro Artístico acompañado del referido sexteto.

La *Juventud Católica* de esta ciudad tambien conmemorará el III centenario de la muerte de Fray Luis de Granada, con una sesión extraordinaria, que tendrá lugar el próximo dia 3 de Enero de 1889.

Fuera de concurso se han recibido en el Ayuntamiento varias fotografías de un boceto de estátua á Fray Luis de Granada, hecho por el laureado artista granadino D. José González Jiménez, profesor de escultura de la Escuela de Bellas Artes de la Coruña. El Sr. González presenta á Fray Luis sentado y en actitud de escribir.

El conjunto y detalles de este boceto, por lo que hemos podido apreciar por las fotografías, que tambien hemos recibido, revelan una obra importantísima y de singular mérito, que es de sentir no haya figurado en el concurso.

Se hallan en Granada con motivo de las fiestas del centenario de Fray Luis los PP. Fray Paulino Álvarez y Fray Justo Cuervo, religiosos dominicos de Palencia y Vergara, respectivamente, é iniciador el último de la conmemoración del mencionado centenario.

GRANADA. — Imp. de La Lealtad.

EXPOSICIÓN PERMANENTE

DE BELLAS ARTES

DEL

CENTRO ARTÍSTICO.

PLAZA NUEVA, 20.

Entrada libre todos los dias de 12 á 4 de la tarde.

BOLETÍN

DEL

CENTRO ARTÍSTICO DE GRANADA.

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE ARTE, LETRAS

Y CURIOSIDADES GRANADINAS.

fundada en 1.º de Octubre de 1888.

En la Sección de Bibliografía se anunciarán las publicaciones que se reciban.—Se insertarán los trabajos que se remitan, propios de la índole de este periódico y que á juicio de la Dirección lo merezcan.—No se devuelven los originales.—Los artículos cuyo asunto lo exija se publicarán con grabados.—Se admiten anuncios y suscripciones.

Precios de suscripción. En Granada, 1 peseta el trimestre; en el resto de España, 2'50 ptas. el semestre; y en Ultramar y Extranjero, 6 ptas. el año.—Pago anticipado.—Gratis para los Señores Socios.

Precios de los anuncios. Los de la localidad del tamaño de 13 centímetros cuadrados, en la cuarta plana de la cubierta, 50 céntimos de peseta al mes para los socios, y 1 peseta para los no socios, los cuales recibirán también gratis el periódico. Por los anuncios de fuera de Granada, y por los que se deseen de otras proporciones, se abonarán 5 céntimos de peseta por cada centímetro cuadrado que ocupen en cada inserción; rebajándose el 10 por 100 á los que se publiquen durante un mes, el 20 á los que un trimestre, el 30 á los que un semestre y el 50 á los que un año.—Pago anticipado.

Toda la correspondencia al Director y Administrador, Diego Marín, Plaza Nueva, 20.